
LA FARSA
LA FARSA
LINARES RIVAS Y PEREZ LUGIN
LA CASA DE LA TROYA
ADAPTACION ESCENICA EN CUATRO CAPITULOS
DE LA NOVELA DEL MISMO TITULO
96
50 cts.

LA CASA DE LA TROYA

ALEJANDRO PEREZ LUGIN
Y MANUEL LINARES RIVAS

La Casa de la Troya

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN CUATRO CAPITULOS, DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

Estrenada en el teatro
de la Comedia, de Madrid.

Dibujos de Barbero.



LA FARSA
AÑO III | 20 DE JULIO DE 1929 | NUM. 96
MADRID

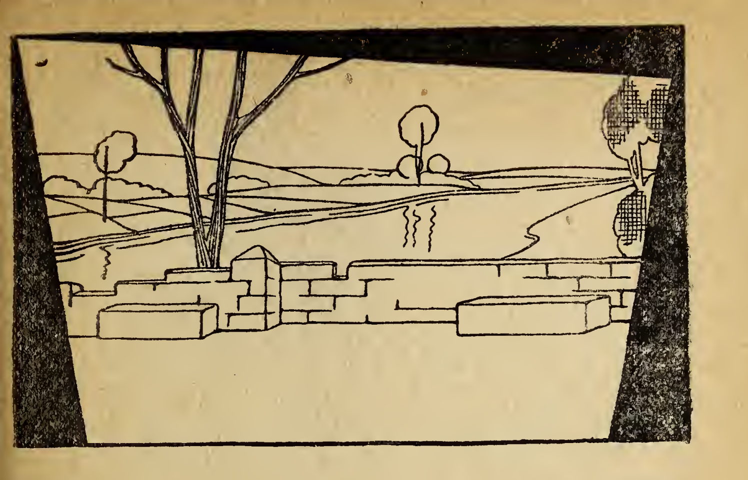
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carmiña Castro Retén..........	Carmen Jiménez
Moncha Lozano...............	Adela Carbone.
La Galana....................	Irene Alba.
La Ventera....................	Pascuala Mesa.
Una vieja....................	Carmen Andrés.
La ofrecida..................	Pepita Jiménez.
Doña Segunda...............	Pascuala Mesa.
Manuela.....................	Pilar Lobo.
La hija......................	Teresa Rey.
Señora 1.ª...................	Irene Caba.
Señora 2.ª...................	Herminia Mas.
La vendedora de ostras........	Francisca Delgado.
Mujer 1.ª....................	María Ocaña.
Mujer 2.ª....................	María Fabuel.
Gerardo Roquer...............	Manuel González.
Casimiro Barcala.............	Juan Bonafé.
Adolfo Pulleiro, Pandurlño.....	Pedro Zorrilla.
Don Laureano Castro.........	Juan Espantaleón.
Augusto Armero..............	Mariano Asqueriano.
Don Servando................	Enrique Moreno.
Lorenzo Carballo............	Francisco Pereda.
Nietiño......................	Vicente S. del Valle.
Alejandro Madeira...........	Antonio Riquelme.
Manolo......................	Francisco Pereda.
Samoeiro....................	Manuel Insúa.
Pitouto.....................	Luis Granja.
El ventero..................	Manuel Caba.
Eudvigio....................	Vicente S. del Valle.
El muiñeiro.................	Manuel Insúa.
Mozo 1.º....................	Luis Granja.
Mozo 2.º....................	Antonio Riquelme.
Mozo 3.º....................	Fortunato García.
Un labriego.................	Juan José de Marcos.

Cuatro o cinco muchachitas, que harán de chiquillos en el comienzo de primer acto. Voces de mayoral, delantero, zagal, sereno, etc.

La acción, en Santiago de Compostela.
Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

Advertencia importante.—Se suplica a los señores artistas que no dei acento ninguno, hablando natural, pues ya resultará mi intento de la cons trucción de las frases y de las palabras mismas.



CAPITULO PRIMERO

La carretera y el pretil del puente Pedriña. Al caer la tarde, en Octubre.

ESCENA PRIMERA

A telón corrido.

La voz del mayoral.—¡Al coche! ¡Al coche! *(Se oyen voces y ruidos.)*

Voz del delantero.—¿Vamos, señor Pedro?

Voz del mayoral.—¡Arrea!

Voz del moyoral, la del delantero y la del zagal.—¡Ya, ya! ¡Generosa! ¡Generosa! ¡Coronela! ¡Ya, ya! *(Voces, ruidos, restallar de fustas y el son de hierros y cascabeles, típicos del arranque de una diligencia. Cuando todavía se oye el frayoroso estruendo, alejándose hacia la derecha, se levanta el telón y aparecen cuatro o cinco chiquillos corriendo a paso gimnástico y gritando.)*

Uno.—Echeme una cadeliña, señoritiño...

Otro.—Vote, señoritiño, vote...

Otro.—Echela y le canto una copla...

Otros.—Echela, échela, échela... *(Y así desaparecen por derecha, siguiendo a lo lejos hasta perderse el rumor.)*

La VENTERA. *Después, el* VENTERO. *Por izquierda.*

VENTERA.—*(Corriendo desaforada.)* ¡Mi pan! ¡Mis chorizos! ¡Ladrones! ¡Robáronme el pan y los chorizos! *(Parándose y volviéndose hacia izquierda.)* ¡Ay, Manoel!... ¡Manoel! ¡¡Manoeeel!!

VENTERO.—*(Cachazudo.)* ¿Qué é?

VENTERA.—¡Anda ligero, que esos pillos de estudiantes nos robaron el pan y los chorizos!

VENTERO.—¿Y dónde voy correr?

VENTERA.—¡A la Carrilana, hom!

VENTERO.—*Ensejida* la pillo...

VENTERA.—*(Convencida de la inútil persecución, se decide por insultarlos.)* ¡Estudiantes de fame!

VENTERO.—¡Hambrones!

VENTERA.—¡Rillotes!

VENTERO.—¡Mala centella vos coma!

VENTERA.—*(Trágica y sacudiendo al ventero.)* ¿Ti ves, calzonazos, ti ves? Si estuvieras en la obligación no pasaría esto. ¡Maldito sea el tute y quien lo trujo!

VENTERO.—Cala, muller, cala, qu'os berridos son malos para a *jarjanta*...

VENTERA.—¡Y más para un rayo que te parta!

VENTERO.—Vamos a contar. ¿Qué levaron?

VENTERA.—Dos molletes grandes de pan... ¡Así se ahoguen con ellos! Y más catorce chorizos.

VENTERO.—*(Espantado.)* ¿De los buenos?

VENTERA.—¡Eres mismo un pasmón, Manoel! ¿Y luego entonces? ¿Iba yo a poner los buenos a tiro de nadie? Eran de los arrecidos, de los del puerco que murió. ¡Así revienten ellos del mismo mal!

VENTERO.—Así. ¿Y comprar no compraron?

VENTERA.—Compraron, hombre. Diéronme cuarenta y siete reales y dos perros de doce chiquitas del Rivero, tres *jaseosas* y dos cervezas.

VENTERO.—Pues de aquélla déjalos ir, que inda se *janan* nueve reales.

VENTERA.—Y más también once...; pero si no llevaran el pan y los chorizos se *janaban* más todavía.

VENTERO.—*(Marchándose.)* Boh, boh, boh...

VENTERA.—*(Tras de él.)* ¡Todo por no estar en la obligación y por el tute maldito, que Dios confunda!

VENTERO.—Boh, boh, boh... *(Mutis los dos por derecha.)*

Por izquierda viene GERARDO, *paseando lentamente. Se sienta en el pretil, leyendo distraído un libro al que corta las hojas con un cortaplumas. Un* LABRIEGO. *Después, dos* MUJERES, *y después, una* VENDEDORA *de ostras, pregonando lastimeramente:* Queeeen... queeeer... ostraaas... *Luego, por derecha,* BARCALA.

BARCALA.—Ya me dije yo que había de encontrar contigo por aquí. ¡Hacia el puente Pedriña está, que es el paseo de los tristes! De los *maloncólicos*, como dicen los paisanos.

GERARDO.—Aquí estoy, sí...

BARCALA.—Mal recibes...

GERARDO.—Se equivoca usted, Barcala.

BARCALA.—Habíamos quedado en tutearnos...

GERARDO.—Dispensa...

BARCALA.—Pues que no se olvide... Y así es como debemos hablarnos, hombre, que al fin y al cabo los estudiantes somos todos una misma morralla, aunque algunos vengan tan elegantones como Perico Seoane, que pone el mingo en la rúa del Villar..., o como Manolo Casás, que tiene un chaquet ribeteado de trencilla, mismo la última palabra de un figurín, que no hay mujer que lo resista... ¡ni hombre tampoco! ¡Pero bueno es el Manolo, bueno! Creíamos que no tenía más que chaquet y resultó que tenía el demonio en el cuerpo, y es un punto de primera, como Barreiro o como Madeira.

GERARDO.—Y todos ésos... ¿quiénes son? ¿Estudiantes?

BARCALA.—¿Y qué han de ser aquí? Estudiantes... o curas. Y las personas mayores, catedráticos... o curas. Y si son forasteros, militares... o curas castrenses. Este carro no anda más que con esas ruedas.

GERARDO.—Ya lo he visto en los ocho días que llevo en Santiago.

BARCALA.—Lo que a todos nos parece muy mal es tu apartamiento. ¡Tienes que ser de los nuestros, Gerardo, y hacer amistades con toda la parranda! Con Madeira, que ya está en el quinto año... del primer curso, y no ha logrado todavía que lo aprobaran en ninguna asignatura...; ¡¡pero que te fríe unas costilletas que se chupa uno los dedos!!

GERARDO.—Algo es...

BARCALA.—Con Alejandro Barreiro, muy buen chico; pero con el que no se puede contar más que hasta el 15 o el 20 de mayo.

GERARDO.—¿Después no?

BARCALA.—Después no, porque se pone a estudiar de firme.

GERARDO.—¿Diez días por junto? No morirá del atracón de ciencia...

BARCALA.—Creemos que no. Con Augusto Armero, que es la gloria de la tuna y el año pasado se llevó dos premios.

GERARDO.—Un buen estudiante, ¿eh?

BARCALA.—¿Augusto? ¡Quiá, hombre!

GERARDO.—¿Y entonces los premios?

BARCALA.—En unas regatas, en Vigo. ¡Ya verás qué gente! Todos rapaces de buenas familias, no te vayas a creer; pero unos paveros, siempre dispuestos a divertirse y a jugársela al Sol. ¡Ya verás! ¡Te hay cada volante! Y aún queda por nombrar el más curioso: Adolfo Pulleiro, alias Panduriño. ¡Un hombre ya! Que en invierno es el mejor estudiante de Santiago—de Medicina, ¿sabes?—y en verano es director de una murga y va tocando el cornetín por las ferias.

GERARDO.—Pero eso es ridículo.

BARCALA.—No. Eso es trágico. La murga en el verano es la posada, las matrículas y la carrera de médico en el invierno. Y todavía es una cosa más grande: es devolverle a la pobre vieja—que no come más que caldo de berzas y pan de borona, para que al hijo no le falte lo absolutamente preciso—, es devolverle un poco del bienestar de que ella se priva con la ilusión de que él llegue algún día a ser algo.

GERARDO.—Tienes razón. Eso es trágico. El ridículo lo hice yo adelantándome a juzgar lo que no conocía.

BARCALA.—Estudia como un bárbaro y no hay memoria de que faltara a una sola clase en ningún curso. Antes nos reíamos de él porque es muy apocado...; pero una mañana, en tiempo de exámenes, me lo encontré llorando en la Alameda. "¿Qué te pasa, Panduriño?" "¡Qué me dieron notable!..." Yo, que llevaba en el cuerpo dos suspensos y tenía noticia fidedigna de que me largarían otros dos..., me quedé como quien ve visiones. "¡Un notable! ¡Pero si eso es para subir a gatas por la torre de la catedral, de alegría y de gozo!" "No, no; que tengo el sobresaliente en todas las asignaturas y ese notable me va a perjudicar para la hoja de estudios; que si no obtengo el grado a mérito no podré sacar el título, que cuesta tres mil reales..."

GERARDO.—La tragedia otra vez...

BARCALA.—Me conmoví, no hice ni siquiera una aleluya—y eso que yo las hago en el aire—, les conté el caso a todos, se conmovieron también y, desde aquel día, quedó proclamado amigo honorario de nuestra tuna, y al empezar el otro curso nos lo trajimos a la posada nuestra, poco menos que a puñetazos, y entre todos le pagamos el hospedaje. Mejor dicho, entre todos le debemos su hospedaje a la patrona.

GERARDO.—Muy honrado sería yo también amigo de Panduriño... y de todos; pero no traigo ánimo de bulla. Vine a Santiago, por imposición de mi padre, a seguir una carrera, que no necesito, gracias a Dios, y que no pienso estudiar.

BARCALA.—Gracias a Dios, también.

GERARDO.—Y estoy decido a...

BARCALA.—¡Basta, basta! Con lo de ser estudiante y no querer estudiar, ya eres de los nuestros.

GERARDO.—No. He venido sin conocer a nadie y lo mismo me marcharé.

BARCALA.—Ni soñarlo. O riñes y te peleas con los compañeros de posada...

GERARDO.—Yo vivo en el hotel.

BARCALA.—Eso creerás tú.

GERARDO.—¡Si lo sabré yo!

BARCALA.—¡Pues no lo sabes, Gerardiño! Cierto que hasta hoy habitabas en un hotel; pero la dignidad de la clase estudiantil se rebela contra ese indecoroso alojamiento.

GERARDO.—¡Indecoroso!...

BARCALA.—¡Sí! La tradición... y el poco dinero exigen que se viva en una posada, lo que en Madrid llamáis casa de huéspedes.

GERARDO.—Bueno..., pues la buscaré.

BARCALA.—No te molestes. Ya te la he buscado yo.

GERARDO.—Muchas gracias. Bueno..., pues la veré para trasladarme si me conviene.

BARCALA.—No te molestes. Ya dispuse yo que llevaran tu equipaje.

GERARDO.—*(Incomodado.)* ¿Pero se puede saber quién le autoriza a usted para meterse de ese modo en mis asuntos?

BARCALA.—Habíamos quedado en tutearnos, Gerardiño...

GERARDO.—*(Riendo, a pesar suyo.)* Bien... ¿Quién te mandó hacer eso?

BARCALA.—La simpatía... y el no querer que un compañero se encuentre como un hongo. Pero si a ti te parece mal lo hecho, tú lo deshaces... y además me pegas dos piñas.

GERARDO.—*(Abrazándolo.)* ¡No, hombre, no!

BARCALA.—Los primeros tiempos, en una ciudad desconocida, hay que andarlo todo cuesta ariba y todo nos agobia...

GERARDO.—Es verdad. Te agradezco la intención y el favor grandísimo que me haces; lo acepto, y, desde hoy, puedes contar tú con Gerardo Roquer: con la amistad, con el cariño y con el dinero de Gerardo Roquer.

BARCALA.—¿Cómo? ¿Tienes dinero?

GERARDO.—Un poco...

BARCALA.—¿A veinte de mes?

GERARDO.—Sí...

BARCALA.—¡Pues eso no te volverá a suceder! Cuenta con nosotros...

GERARDO.—Muy a gusto. ¿Y a dónde me llevas a vivir?

BARCALA.—A lo más excelso. Al grelo de las posadas y a la flor de las patronas. A la casa de la Troya.

GERARDO.—¿Qué es eso?

BARCALA.—El nombre de la calle donde está. Pero aquí abreviamos y no se dice la calle de la Troya, la calle de la Azabachería, la calle del Preguntoiro, la plaza de las Animas..., sino que decimos simplemente: la Troya, la Azabachería, el Preguntoiro, las Animas... Y así el Pórtico de la Gloria, de nuestra santa y magna catedral, es la Gloria nada más para el hablar corriente... Y cuando un novio se despide de la novia, quedando en verse al otro día a la salida de misa, se dicen: "Mañana en la Gloria, ¿eh, riquiña?..." "Sí, riquiño; mañana en la Gloria..."

GERARDO.—Y a veces puede que lo estén realmente...

BARCALA.—Siempre...

Porque en todo momento son capaces
de irse para esa gloria los rapaces...

GERARDO.—*(Incomodado.)* ¡Ya viene ahí el vejestorio ese con la cursi de la niña!

BARCALA.—¿Quiénes, tú?

GERARDO.—Esos tipos, que les da por pasear aquí y estropean la delicia de esta soledad y de este divino paisaje.

BARCALA.—¡Pero tú no tienes ojos, ladrón! ¡Pues nada menos que le es Carmiña Castro Retén, la flor más florida de Santiago, el encantiño del Peguntoiro!

GERARDO.—¡Calla!

BARCALA.—¡Pero mírala bien, hombre!

GERARDO.—Una cursi...

BARCALA.—¿Una cursi? Estáte por ahí, que ya te llamaré...

GERARDO.—Y una antipática...

BARCALA.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Jesús, Jesús!

GERARDO.—Calla...

ESCENA IV

DICHOS, CARMIÑA *y* DON LAUREANO, *que atraviesan de derecha a izquierda.*

BARCALA.—Felices tardes, señor de Castro.

LAUREANO.—Muy buenas, muy buenas...

BARCALA.—Y a usted también, Carmiña...

CARMIÑA.—Buenas, Casimiro... *(Mutis por la izquierda Carmiña y don Laureano.)*

ESCENA V

GERARDO *y* BARCALA.

BARCALA.—El viejo es el padre, que fué coronel carlista. Gente de posicion, ¿sabes?, y de lo más encopetado, con la casa solariega, el Pazo, aquí en el Faramello, a unas dos leguas... ¡Y que es guapa no me lo niegues!

GERARDO.—Si te lo parece...

BARCALA.—Y formal como la misma formalidad.

GERARDO.—Eso le pasa a todas las sosas.

BARCALA.—¿No eres enamoradizo?

GERARDO.—De la que lo vale. Pero de eso, no.

BARCALA.—¡Despreciador amaneciste! Claro que esto no es la elegancia de un Madrid...

GERARDO.—¿Tú has estado allá?

BARCALA.—No; pero estuve en Orense y en Ponferrada..., y ya puedo juzgar de poblaciones.

GERARDO.—Algo...

BARCALA.—No te pongas serio para reírte por dentro, que la frase no es mía. Es de nuestro prosopopéyico amigo don Ventura Lozano, ex juez de Ordenes—y a las de usted—, según su muletilla. Ya le conocerás. Es un pavero... trágico... ¡de plomo!

GERARDO.—No pienso conocerle.

ESCENA VI

DICHOS. CARBALLO *por izquierda.*

BARCALA.—¡Eh..., tú!... ¡Carballo! ¡Buenas tardes, hombre!

CARBALLO.—*(Borracho perdido, somnoliento y sin darse cuenta.)* Buenas tardes.

BARCALA.—Soy Casimiro Barcala, tú..., ¿no sabes?

CARBALLO.—Sí, sí... Buenas tardes, Barcala. *(Y sigue su camino.)*

BARCALA.—Enfilado a la taberna de las Crechas... Y luego por los caminos y por las cunetas, convertido en un guiñapo miserable. ¡Carballo!

CARALLO.—¿Quién me nombra?

BARCALA.—No vayas a casa de las Crechas. Mira que están allí el Muñeiro y esos otros bárbaros.

CARBALLO.—*(Encogiéndose de hombros, indiferente.)* Que estén...

BARCALA.—Ya más de una vez lo arrastraron y lo molieron a golpes... Verás, veras... ¡Carballo!

CARBALLO.—¡Acaba de llamar!

BARCALA.—¿Tuviste carta hoy?

CARBALLO.—*(Retrocediendo unos pasos.)* Tú..., tú.. Aún discurro un poco... Aún veo algo claro... No hables de eso... ¡¡No hables de eso si no quieres que te ahogue!!

BARCALA.—Perdona. Era preguntar nada más.

CARBALLO.—Bueno, entonces. Después, cuando el aguardiente bendito me quite por completo la razón y la fuerza... ¡¡y el alma!!, dime lo que te parezca y búrlate cuanto quieras, como el Muñeiro y como todos... Después, ¿eh, Barcala? Ahora no hables de eso... *(Marchándose.)* No hables de eso...; no hables de eso... *(Mutis por derecha.)*

ESCENA VII

GERARDO *y* BARCALA.

GERARDO.—¿Qué le pasa?

BARCALA.—Este Lorenzo Carballo, un estudiante de los antiguos, es de familia muy distinguida, pero sin grandes recursos, y él se llevó la juventud soñando en vivir espléndidamente. Un día le debió oír el diablo e hizo que heredaran de un pariente olvidado casi un millón de pesetas. Cogió su parte y se fué por el mundo a divertirse, a gozar..., ¡¡a vivir!! En sus andanzas de príncipe, se enamoró de una tiple, de una tal Boldini.

GERARDO.—¡La Emma Boldini! ¿Una que cantaba *Manon?*

BARCALA.—Sí. *Manon* era su ópera predilecta y la de sus grandes triunfos.

GERARDO.—Se la oí en Madrid. No estaba mal de voz... ¡y guapa!

BARCALA.—Se enamoró ciegamente de ella... y ciegamente se gastó los cuartos, hasta que una mañana, arruinado, dió media vuelta y desapareció.

GERARDO.—¿Y ella?

BARCALA.—Debía quererle mucho también, porque le escribió, le mandó recados y hasta dicen que fué en persona a buscarle, proponiéndole seguir como antes... y a costa de ella, naturalmente.

GERARDO.—¿Y Carballo no quiso?

BARCALA.—No quiso. Cuando le preguntan en qué tiró la fortuna, responde que en vivir como un caballero. Y cuando le

preguntan por qué no se avino a continuar con la Boldini, responde que también por eso, porque no sabe vivir sino como un caballero.

GERARDO.—Y realmente lo es.

BARCALA.—Ahora lo mantienen los hermanos, y él se porta muy correctamente...; pero cuando recibe carta de ella—que aún le escribe alguna vez—se queda tétrico unos días y empieza a beber, a beber, hasta que cae embrutecido. Sabiendo quién es... ¡si vieras qué efecto hace el verlo como un fardo..., o que los chiquillos le persiguen a pedradas..., o que los municipales se lo llevan a rastras como a una mala bestia!... Y no se incomoda ni se enfada..., no... ¡Va como muerto! Sólo de vez en cuando pasa una ráfaga de claridad y de recuerdos por su alma... ¡y entonces se pone a cantar fragmentos de *Manon!*... ¡Da pena oírle!

GERARDO.—Quizás tenga él razón bebiendo así...

BARCALA.—¡No disparates! ¿Vas tú a seguir el ejemplo? Ya sabemos por qué estás en Santiago, ya... Porque tu padre te hizo salir a escape de Madrid, en donde andabas a mal andar con la Mañitas.

GERARDO.—No tengo por qué negarlo.

BARCALA.—Una cupletista de muchas carnes, de mucha historia, de pocos escrúpulos y de poca ropa...

GERARDO.—¡Pero una mujer de una vez y no estas señoritingas de alfeñique!.

BARCALA.—¡La sigues queriendo!

GERARDO.—Ni la quiero, ni la quise, ni merece ella que la quieran...; ¡pero el recordarla me vuelve loco! ¡Es una mujer, Augusto, una mujer!

BARCALA.—De primera.

GERARDO.—¿La conoces?

BARCALA.—¿Y quién no? Mira. *Nuevo Mundo*, de anoche.

GERARDO.—*(Ansioso.)* ¿Trae su retrato?

BARCALA.—No es el mundo entero, ¿sabes? Es un cacho del mundo nada más. Lo vi en el Casino y corté la hoja...

GERARDO.—¡Dámela!

BARCALA.—Veo que no eres enamoradizo sino de lo que sale...

GERARDO.—*(Imperioso.)* ¡Dámela!

BARCALA.—La bella Charito (a) Mañitas, que actúa con gran éxito en el teatro Romea.

GERARDO.—*(Con ansia y desconsuelo.)* ¡Charito!

BARCALA.—Para llamarla oficialmente Mañitas..., ¡qué mañitas no serán las suyas!...

GERARDO.—*(Besando el retrato.)* ¡Charito..., Charito!

BARCALA.—Si hubiera sospechado que te emocionaba tanto, no lo traigo... y el Casino tendría completo su periódico.

GERARDO.—¡Me vuelve loco!
BARCALA.—Ya lo veo, ya.
GERARDO.—¡¡Y pensar que esta imagen candorosa y plácida es la de un alma corrompida y villana y traidora!! ¡¡Fuera de mí, fuera!! *(Con el cortaplumas rasga el papel airadamente.)*
BARCALA.—El asesinato de la Mañitas... ¡Ya le cayó qué hacer al juez!...
GERARDO.—*(Recogiendo los trozos y tirándolos.)* ¡Se acabó esto! ¡Se acabó!
BARCALA.—"... y el Juzgado recogió los trozos dispersos de la víctima, que demuestran el feroz ensañamiento del criminal..." *(Abrazándole.)* Anda, ven conmigo ya; ven, que ahora no tienes el ánimo para soledades.
GERARDO.—¿A la ciudad? ¡No! Lo más tarde que pueda.
BARCALA.—Que te le es peor, Gerardiño...
GERARDO.—¡No! Aun tengo metida en el alma la impresión de aquella primer noche. ¡Aquella noche horrenda, de lluvia torrencial, de soledad, sin luz en las calles!...
BARCALA.—Que habría luna.
GERARDO.—No...
BARCALA.—La habría en el calendario, y eso basta para que no enciendan los faroles.
GERARDO.—¡Y lo que no era silencio era tristeza! La voz monótona del sereno... "¡Ave María Purísima! ¡Las diez y media... y lloviendo!" Más tarde... "¡Ave María Purísima! ¡Las doce... y lloviendo!" ¡Y así toda la noche! Y para completarla, para añadir horror a lo horrendo, el sonido de una campanilla tintineando lúgubremente y la voz de un hombre, envuelto en una hopalanda gris, que gritaba con pavoroso acento: "¡¡Hermanos, recen un Padrenuestro por el alm ade don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad!!..." ¡Te lo juro! Aquella noche soñé que me moría de tristeza, que me llevaban a enterrar entre doscientos serenos, chocleando sus zuecos sobre las piedras húmedas y entonándome por Miserere su monótono canturreo: "¡Ave María Purísima! ¡Las cuatro... y lloviendo!". Y así por toda la ciudad, hasta que, al fin, me dejaron solo, transido de frío y de agua, en el cementerio y en un nicho al lado de don Alonso de Fonseca...
BARCALA.—Una impresión que se borrará. Anda, ven...
GERARDO.—No. Te lo suplico...
BARCALA.—A las seis te aguardo en el Preguntoiro. ¿Quedamos...? ¿Palabra...?
GERARDO.—Sí, palabra; pero déjame ya, que necesito estar solo...
BARCALA.—Lo que tú necesitas como el pan es una novia.
GERARDO.—¿Yo? ¿Una gallega yo? ¡No disparates!

Barcala.—Tú, hombre, tú. No hay como una mujer para matar realmente la memoria y el mal que nos hizo otra mujer. Y en cuanto que *me le tengas* un *choyo* con una rapaza, ya verás qué paso llevan las murrias por la carretera adelante...

Gerardo.—¿Un choyo?

Barcala.—Un arreglito. *Le es* término local.

Gerardo.—Bien; pues encargaremos esa mujer al Extranjero...

Barcala.—*(Indignado.)* ¡No hace falta! Aquí, por las ciudades, hay mucha rosa de octubre y mucho capullo tempranero.

Gerardo.—Habrá...

Barcala.—Y si te apetece la flor silvestre de las montañas, también abundan entre las mujeres las que se colorean como amapolas y saben a tomillo y a hierbabuena.

Gerardo.—Sabrán... Pero a mí no me placen las gallegas.

Barcala.—¡Calla, condenado! ¡Que no te oiga Dios la blasfemia!

Gerardo.—Bien libre estoy.

Barcala.—¿Libre? Entonces es que aun no aprendiste el refrán. ¡Pues apréndelo, apréndelo!: "En Galicia el hombre apasionado, si entra soltero, sale casado."

Gerardo.—¿Casado yo aquí?

Barcala.—¡Mira que no escapa ni una rata!

Gerardo.—Yo soy madrileño: gato.

Barcala.—Eres gato, ¿eh? Pues oye, michiño... Todavía te he de ver por la luna de enero dando maullidos a la puerta de alguna rapaza.

Gerardo.—Otras mujeres, y no las gallegas, me seducen a mí.

Barcala.—No les quito el mérito a las otras, que en todas partes las hay guapas y buenas; pero escucha lo que los hombres dicen aquí de las otras, escucha:

"Veño de lonxe por verte,
caravel de caraveles;
por falta de verte veño,
non por falta de mulleres."

¿Le entiendes, madrileño?

"Vengo de lejos por verte,
clavel entre los claveles;
por falta de verte vengo,
no por falta de mujeres."

Conque... ¡aplícate el claveliño, por si acaso! *(Marcha.)*

GERARDO.—Conmigo no reza el cantar.

BARCALA.—Por si acaso, por si acaso... ¡Y saludiña, eh! *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA VIII

GERARDO, *que trata en vano de leer... Vuelven* CARMIÑA *y* DON LAUREANO. *Al ver que se sientan,* GERARDO *hace un gesto de fastidio, volviéndoles la espalda.*

LAUREANO.—¿Nos sentamos un poquito?

CARMIÑA.—Lo que usted quiera.

LAUREANO.—Pero poco, que ya están las nubes sobre el monte Sacro, y eso es agua cercana.

CARMIÑA.—La lluvia es amiga nuestra...

LAUREANO.—Por lo menos visita de casa... Pero no creas que es sólo por estas comarcas. ¡Lo que nos llovió en Montejurra!, por Estella, en Navarra...

CARMIÑA.—Ya sé, papá, ya sé. Que tuve el gusto de oírtelo referir otras veces.

LAUREANO.—¿Lo recuedas? ¡Buena paliza le dimos los leales a Moriones! ¡Buena! Dorregaray y Valdespina tenían cinco compañías de navarros y de riojanos. Yo estaba entonces con Mendiri.... ¡Un valiente, un valiente! Y el Señor *(Quitándose un poco el sombrero.)* había llegado aquella mañana para presenciar el combate...

CARMIÑA.—Lo recuerdo, papá; lo recuerdo.

LAUREANO.—¿De veras?

CARMIÑA.—Sí. Don Carlos iba en un caballo alazán, cuatralvo, careto...

LAUREANO.—¡Eso es! Cuatralvo..., careto..., ¡Lo estoy viendo! *(Se queda ensimismado en sus recuerdos gloriosos.)*

ESCENA IX

DICHOS. *Por izquierda,* LA GALANA.

LA GALANA.—Señoritiño... Una limosniña... Déame un ochavito, por el alma de sus difuntiños.

GERARDO.—Dios la ampare.

LA GALANA.—Ande, señoritiño, ande... Hágame un bien d caridad, por el alma de sus mayores.

GERARDO.—Perdone...

LA GALANA.—Mire que le pido con mucha necesidad... ¡Nunca se vea como yo me veo!

GERARDO.—*(Con acritud.)* ¡Perdone, si quiere!

LA GALANA.—Bueno, señor, bueno. Dios le dea paciencia al que pide para sufrirse de los humores de los ricos... *(Marcha; ve a Carmiña y vuelve socarrona.)* Ya que no quiere dar limosna por las cosas tristes, déamela luego por los ojos meigos de esa rosiña. Mírela, señor...

GERARDO.—¿Quiere usted dejarme en paz de una vez?

LA GALANA.—¿Y eso? ¿Tanto mal le doy con que la vea? Mismo es preciosa como una salida de sol e ten cariña de recién casada. Ande..., socórrame por ella, que he de pedirle a Nuestra Señora de la Esclavitud que les dea mucha suerte para que se ajunten como manda Dios.

GERARDO.—¡¡Es que no me da la gana!! ¿Se entera usted?

LA GALANA.—¿E logo? ¿Unha rapaciña tan primorosa non vale un cochino can jordo? ¡Ande, señor, mírela y diga! *(Gerardo la mira y se encuentra con que ella mira también, sonriéndose de la pesadez de la vieja. Gerardo saluda y Carmiña contesta con una leve inclinación. Entonces él, por señas, le indica que estaba dispuesto a no dar limosna, pero que por ella, por Carmiña, no se puede ya negar. Por muy rabioso que esté, y lo está mucho, no olvida los fueros de la galantería.)*

GERARDO.—¡Tome, tome y váyase!

LA GALANA.—La Virgen Santísima se lo pa... *(Deteniéndose al ir a besar la moneda.)* ¡¡Una peseta!! ¡Le he de hacer novena hasta que los vea casados y con hijos que se les parezcan!

GERARDO.—¡Calle, charlatana! *(A Carmiña, por señas, se disculpa.)*

LA GALANA.—A la rosiña se le encendió la cara... Y usted se le enfada con la boca llena de risas... ¡Nunca más vea si no son ya ustedes novios del corazón!

GERARDO.—¿Quiere callar, maldita?

LA GALANA.—Digan maldiciones, digan... Pero yo veo en el aire a los ángeles, que traen una corona blanca... ¡Y así sea, amén, para muchísimos años!

GERARDO.—¡Calle de una vez! *(A Carmiña.)* Perdone usted, señorita... *(Carmiña, por señas, responde que no hay de qué.)*

LA GALANA.—¿Y de qué se dan los dispenses, bobiños? Esto de los hombres mozos y de las rapazas tempraneras son cosas que ya están escritas desde mucho antes de que vengan al mundo los mozos y las mozas. De mi juventud lo sé, de cuando me llamaban con más razón la Galana. Aprovéchenlo ustedes en lo suyo, aprovéchenlo.

GERARDO.—¡¡Calle!!

LA GALANA.—Aun me tiene que dar limosna en la boda y... más en los bautizos. ¡Ya lo verá, ya!

DICHOS. *Por derecha el* MUIÑEIRO *y tres mozos más conduciendo por una cuerda atada al cuello a* LORENZO CARBALLO, *que los sigue dócilmente, borracho como una cuba y con los brazos colgados hacia delante en un palo que le atraviesa por los hombros.*

MUIÑEIRO.—Baila, li oso, baila. *(Carballo baila.)*
MOZO 1.°—¡Andali...!
MUIÑEIRO.—Miren el oso que hemos cazado en la taberna de las Crechas.
MOZO 1.°—¡Miren!
MOZO 2.°—¡Miren!
MUIÑEIRO.—Y no le tengan miedo, que está domesticado. ¡Baila, li oso, baila! *(Y como tarda en bailar le pincha con un palo.)* ¡Baila, oso!
MOZO 3.°—¡Baila! *(Carballo baila.)*
MUIÑEIRO.—Si echan unas perras, van a ver cómo canta el oso. ¡Canta, oso!
CARBALLO.—*(Cantando.)* ¡Oh, Manón! ¿La tua non è la manc che mi tocca?...
CARMIÑA.—*(Desconsolada.)* ¡¡Ay, padre, padre!!...
LA GALANA.—El rey David cantaba y Santa Cecilia también.. Y también los serafines en el cielo. Cuando los desgraciado pueden dar sus cánticos son como reyes y como serafines...
MUIÑEIRO.—Canta más, oso, canta.
CARBALLO.—No puedo.
MOZO 1.°—¿Y no has de poder?
MUIÑEIRO.—Ahora vas a ver si puedes o no. ¡Canta, osc canta! *(Y le pincha.)*
CARBALLO.—¡¡Ay!!
MUIÑEIRO.—¡¡Canta o llevas!!
CARBALLO.—*(Cantando.)* ¡Oh, Manón! ¿La tua non è la man che mi tocca?...
CARMIÑA.—¡Padre, esto es horrible!
LAUREANO.—*(Que ya estaba nervioso, levantándose.)* ¡¡Ca nallas!!
CARMIÑA.—*(Abrazándose al padre.)* No, tú, no; te van a la timar.
GERARDO.—Hágame el favor de permanecer quieto, señ Castro. Para éstos me sobro yo.
MUIÑEIRO.—¿Diz que se sobra? ¿Vamos darle o que l falta?
MOZO 3.°—¡Vamos!
MOZO 2.°—¡Duro con él!

MOZO 1.º—¡Duro!

MUIÑEIRO.—¡Ey Carballeira! ¡A que me dea un pan doulle un peso!

MOZO 1.º—¡Dalle!

MOZO 2.º—¡Duro!

MOZO 1.º—¡Duro con el señorito de trapo! *(Pelean.)*

LAUREANO.—¡Déjame! ¡Es un caballero que pelea él solo contra cuatro bergantes! ¡Déjame ir a socorrerlo!

CARMIÑA.—*(Sujetándole.)* ¡Por Dios, Papá, por Dios!... *(Cae Gerardo al suelo, desvanecido.)*

MOZO 1.º—¿Morreu?

MUIÑEIRO.—Ya lo saberemos otro día. Ahora, arreando... *(Mutis los cuatro por la izquierda, corriendo. Carmiña y don Laureano acuden a socorrerle.)*

CARMIÑA.—¿Qué tiene?

LAUREANO.—Supongo que desvanecido nada más... ¡Pillos! ¡Cobardes!

CARMIÑA.—No respira... ¡Sangre! ¡Socorro! ¡Socorro!

CARBALLO.—*(Apoyado en el palo y con el alma ausente de cuanto allí sucede, cantando.)* ¡Oh, Manón! ¡¡La mía Manón!!

CARMIÑA.—¡Socorro! ¡Socorro!

LA GALANA.—Canta, Carballo, canta. Mismo còmo un rey eres ahora y como un serafín.

CARBALLO.—¿La tua non è la mano che mi tocca? ¡¡Oh, Manón!!

CARMIÑA.—¡Socorro! ¡Socorro!

TELON

(Como no es difícil, el actor que interprete el papel de Lorenzo Carballo procurará, durante la pelea, ponerse unas lágrimas en las mejillas para que se vean al volverse y levantar la cabeza en el momento final. Ha de cantar con los ojos medio cerrados.)





CAPÍTULO SEGUNDO

Una habitación en la casa de la Troya. Es de noche. Al foro, centrado, un gran balcón de hierro labrado. En las paredes, retratos pequeños de mujeres. En un lienzo, un dibujo tosco de mujer, hecho por un estudiante que pinta de oído. Un gran cartel anunciando el Año Santo, Jubileo y fuegos del Apóstol. Una cama, una palangana, una consola con un quinqué y una mesa cubierta con una manta de viaje y en donde armaron la timbirimba.

ESCENA PRIMERA

MANOLO, *tumbado en la cama, estudiando.* SAMOEIRO *talla, apuntando* BARCALA, MADEIRA *y* PITOUTO. *La voz del sereno en la calle.*

SAMOEIRO.—¿Juego?
BARCALA.—Juega de una vez. No seas pesado, Samoeiro.
SAMOEIRO.—Pues va. Una al cinco...
PITOUTO.—¡Dos!
SAMOEIRO.—La otra carta ya estaba vista.
BARCALA.—Bueno, una al cinco.

> Mas conste, imbécil Samoeiro,
> que tú no tienes razón,
> y en la pública opinión
> te quedas por un larpeiro.

SAMOEIRO.—¡Si me insultáis, se acabó el juego!
MADEIRA.—*(Echando mano a los cuartos.)* ¡Pues venga mi postura!
PITOUTO.—¡Y la mía!
SAMOEIRO.—Cuidado, ¡eh!
MADEIRA.—*(Agarrándole amenazador.)* ¿Cuidado con qué?
SAMOEIRO.—*(Gritando.)* ¡Doña Generosa!
PITOUTO.—¡Calla!
SAMOEIRO.—¡¡Doña Generosa!!
BARCALA.—¡Calla, cobarde! ¡No llames en tu auxilio a una mujer!
SAMOEIRO.—¡Es que me roban!
MADEIRA.—Suprime las indirectas, ¡o te tragas un libro!

BARCALA.
¡Eso haremos por villano!
Suprimes las indirectas
o te tragas las Pandectas
y además a Justiniano.

Trae a Justiniano, Manolo.
MANOLO.—Dejadme estudiar, que mañana tocan las eximentes y son muy difíciles. *(Repitiendo de carrerilla.)* "Octavo, no delinquen y, por consecuencia, están exentos de responsabilidad... No delinquen y, por consecuencia, están exentos...."
MADEIRA.—Sigue tallando, ostrógodo.
SAMOEIRO.—Si he dicho eso por equivocación una vez, ahora ya sé que son ostrogodos, y no hay por qué echarlo en cara a todas horas.
PITOUTO.—¡Al entrés, pelouro!
SAMOEIRO.—Bueno. Una al cinco... Dos... Saltó... El cuatro.
BARCALA.—¡Ladrón! ¡Mala centella te coma! ¡Que con seis cochinas pesetas tienes ya ocho duros.
SAMOEIRO.—Lo bonito sería que perdiera, ¿verdad?
BARCALA.—Préstame dos reales.
SAMOEIRO.—¿Para que juegues contra mí? No delires, Barcalita...
BARCALA.—*(Alejándose indignado.)* ¡Eres un miserable, Sampeiro!
MANOLO.—¿Qué hay abajo, Pitouto?
PITOUTO.—Rey, dos.
MANOLO.—Caen tres perros sobre el rey.
SAMOEIRO.—Ponlos.
MANOLO.—¡Hombre!...
SAMOEIRO.—Boquillas, no, Manolo.
MANOLO.—Haz favor, Casimiro. En el chaleco.

BARCALA.—*(Después de registrar.)* En el chaleco no hay más que dos botones.

MANOLO.—Pues se habrán caído los otros..., porque tenía seis. Mira a ver si los puse en la americana.

BARCALA.—Recuerda que los pusiste a la sota. ¡Aquella sota desgraciada y de infeliz memoria!

MANOLO.—Bueno... "No delinquen y, por consecuencia, están exentos de responsabilidad..."

SAMOEIRO.—Tiro... ¿o qué?

BARCALA.—Tira, sí. De una carreta.

LA VOZ DEL SERENO.—¡Ave María Purísima! ¡Las diez! ¡Y lloviendo!

ESCENA II

DICHOS; GERARDO *y* AUGUSTO, *por izquierda, con impermeables.*

GERARDO.—Nobles estudiantes y nobilísimos timberos..., ¡ahí va un cohete! Don Servando ha pasado lista.

MANOLO.—*(Brincando.)* ¡Caray! ¡Precisamente hoy no he podido ir a clase!

AUGUSTO.—Precisamente.

MADEIRA.—¡Pues nos ha reventado!

GERARDO.—No, a ninguno; pero en cambio le ha puesto seis cruces a Perico Seoane.

BARCALA.—¿Cómo que seis?

GERARDO.—¡Seis!

AUGUSTO.—¡¡Seis!!

BARCALA.—Pero ¿por qué?

GERARDO.—Porque respondió: "Servidor..."

BARCALA.—¿Pues qué iba a contestar, si no?

GERARDO.—Quiso aprovecharse de que don Servando es un poco cegato, y con la honrosísima intención de salvarnos fué respondiendo por todos nosotros. Leía don Servando: "Augusto Armero..." y Perico contestaba: "Servidor..." "Casimiro Barcala..." "Servidor..." Manuel Casás..." "Servidor..."

MANOLO.—¡Pero eso es sublime! ¡Eso es magno! ¡Eso es una eximente!

GERARDO.—Pero a la cuarta o quinta vez se olió la triquiñuela nuestro venerado catedrático, y al decir: "Marcelino Bahamonde..." "Servidor..." se le encara poniéndose los lentes: "Hágame el obsequio de bajar... más cerca... más cerca..." ¡Fué un momento trágico! "Conque servidor, ¿eh? ¡Pues me va usted a servir, señor contestón universal! ¡Le voy a poner seis crucecitas, ¿sabe?, que con las otras seis que ya adornan su nombre de usted en mi lista hacen doce, que es el

límite de la tolerancia! A la primera falta, se quedará usted para septiembre. ¡Vuelva usted a su sitio, servidor!"

MANOLO.—¡Pero ese hombre es un mártir del compañerismo y de la amistad!

SAMOEIRO.—¿Tiro... o qué?

BARCALA.—¡Eres un vil, Samoeiro! No te pones jamás a tono de un sentimiento elevado.

AUGUSTO.—¿Qué hace esa fiera?

MADEIRA.—Pelarnos, como siempre.

AUGUSTO.—Ahora lo vamos a ver. ¿Qué se dan, Pitouto, mayores o menores?

PITOUTO.—No llevo cuenta.

AUGUSTO.—Tú, Madeira, ¿qué se dan?

MADEIRA.—Disgustos. Ya te dije que nos pela.

BARCALA.—¿Qué hay, tú? ¿Y el encantiño del Preguntoiro?

GERARDO.—No la he visto... ni lo intento.

BARCALA.—Pues el noviazgo lo dan por cumplido, después de aquel acto heroico del Puente Pedriña.

GERARDO.—*(Riendo para quitarle importancia.)* En que me zurraron...

BARCALA.—Y después de aquella romántica herida que te curó con sus manos y te vendó con su mismo pañuelo...

GERARDO.—Un rasguño, que ni señal ha dejado, pero del que vosotros no me permitisteis curar en quince días.

BARCALA.—Para que resultaras más interesante. ¡Aquí le sabemos hacer las cosas muy bien!

GERARDO.—La verdad es que vosotros habéis cambiado mi espíritu. Vine de Madrid con rabia, entré en Santiago con horror..., y a los cuatro meses ya estoy contento, ya estimo un poco las grandiosas bellezas de Compostela y comprendo y me llegan las hermosuras de estos campos y de este cielo.

BARCALA.—Es la tierra, que se le entra a uno por el alma. Y el encantiño.

GERARDO.—Te juro que no hay nada.

BARCALA.—¿Que no hay nada? Estate por ahí, que ya te llamaré. Y a otra idea interesantísima. ¿Me puedes dejar dos duros para ver si me desquito?

GERARDO.—Sí, hombre, sí.

BARCALA.—Ese canalla de la Puebla de Brollón, ese vil Samoeiro, nos hace la barba en seco.

GERARDO.—Pues anda con él.

ESCENA III

DICHOS. PANDURIÑO, *por izquierda.*

PANDURIÑO.—Buenas noches...

BARCALA.—*(Abrazándole.)* Buenas noches, gran Panduriño.

AUGUSTO.—¿Traes el cornetín?

PANDURIÑO.—No...

AUGUSTO.—Pues te puedes largar.

PANDURIÑO.—Eso no es más que en verano y por las ferias y las romerías; pero si me lo mandáis, también será aquí, Augusto, que os debo tanto favor que no me puedo negar a nada de lo que dispongáis de mí.

AUGUSTO.—No, hombre; era una broma.

BARCALA. Ven siempre que tú tengas ese afán,
que aquí te acogeremos con cariño
porque eres bueno y tierno como el pan,
Pan... duriño.

MANOLO.—*(Indignado.)* ¡Que lo maten, que lo maten! No a destierro ni a la cárcel, no...; ¡a la horca!

BARCALA.—¡Envidioso! Qué más quisieras tú que una musa como la mía...

GERARDO.—¿Qué traes por aquí?

PANDURIÑO.—Siempre con peticiones... A ver si tenéis un poco de papel blanco, para terminar de poner en limpio los apuntes de hoy.

GERARDO.—En mi cuarto hay dos cuadernos. Te los regalo.

PANDURIÑO.—Eso es mucho, Gerardo...

GERARDO.—Yo no he de copiar ninguna lección..., de manera que realmente no me sirven de nada.

PANDURIÑO.—Pues ¡muchísimas gracias!

GERARDO.—Aun soy yo con creces tu deudor, que no has querido cobrarme por tus servicios facultativos cuando me largó el estacazo aquel bruto del Muiñeiro.

PANDURIÑO.—¡No hablarás en serio!... Aquello no valió la pena...

BARCALA.—Al contrario, debías guardarle rencor, porque te ofendió despiadadamente.

PANDURIÑO.—¿Yo? ¿Ofendí yo al señor Roquer?

BARCALA.—¡Vaya! Después de reconocerle, ¿no me dijiste tú que Gerardo no tenía nada en la cabeza? ¡Ya ves qué idea formó de ti!

PANDURIÑO.—Yo me refería a lesión grave...

GERARDO.—No le hagas caso. ¿Aun no acabaste de conocerlos? Te estoy muy agradecido y muy obligado, Panduriño.

PANDURIÑO.—Yo a ti, yo a ti... y a todos.

GERARDO.—Quédate un rato a probar fortuna, a ver si desbancamos a Samoeiro.

PANDURIÑO.—En eso me dispensas..., ¿verdad?, me dispensas. Ya me gustarían las diversiones... como a cualquiera...; pero no se han hecho para mí. Si malograra una hora de estudio, con la licenciatura encima, para el año próximo, y no me llevara el premio..., tendría que pagar los tres mil reales del título..., ¡qué horror, Dios mío, qué horror!, y luego comprarme un estuche de cirugía, de los medianitos, ¡claro!, de esos surtidos, de almacén..., pero que siempre son ochenta o cien duros... ¡¡Qué horror, Virgen de la Esclavitud, qué horror! Y no hay más remedio que comprarlo para ejercer la profesión en un pueblecito cualquiera... ¡Voy a estudiar, voy a estudiar! ¿Me dispensas, verdad, me dispensas?... ¿Jugar dices? ¿Yo jugarme un real... y la vieja comiendo borona solamente? Si esa maldad hiciera, el demonio se había de reír mucho de mí! Dispensadme, dispensadme... *(Mutis.)*

ESCENA IV

DICHOS, *menos* PANDURIÑO.

AUGUSTO.—La tragedia...

GERARDO.—Sí, la tragedia... Hoy escribo a mi padre contándoselo escuetamente, sin un comentario. Y como lo conozco, y puede, veremos lo que tarda en venir de Madrid un buen estuche de cirugía.

BARCALA.—Es una buena acción, Gerardiño. Y una buena acción predispone a la Divinidad en favor de los hombres. Tú verás cómo ahora le ganamos los cuartos a Samoeiro.

GERARDO.—Vamos a verlo.

BARCALA.—*(Acercándose tonante.)* ¡Juego! Dos reales a ese precioso animal que galopa a la derecha.

SAMOEIRO.—Boquillas no; ya lo sabes.

BARCALA.—¿Y quién le ha dicho al señor Samoeiro, al estultísimo y errado señor Samoeiro, natural de la Puebla de Brollón, que yo, Casimiro Barcala, vecino acomodado de Santiago, juego de Boquilla? *(Y tira arrogante un duro.)*

SAMOEIRO.—Así, muy bien.

BARCALA.—Marca los dos reales del ala al caballo.

SAMOEIRO.—No, no. Cambiaré, para evitar discusiones y líos. Toma. Dos reales, y cuatro más dos perros gordos que me debías...

BARCALA.—No recuerdo...

SAMOEIRO.—Por eso cambio: porque después no recuerdas...
GERARDO.—¿Puedo jugar yo?
SAMOEIRO.—Con mucho gusto.
GERARDO.—Entonces, puesto que hay banca, ponme ese billetito al siete y ese duro de salto al dos.
SAMOEIRO.—¿Qué marcan?
GERARDO.—Su valor.
SAMOEIRO.—*(Espantado.)* ¿Va entero el billete? ¿Entero?
GERARDO.—Enterito.
SAMOEIRO.—Es que aquí le jugamos para entretenernos... ¿sabes?
GERARDO.—Lo mismo que yo.
SAMOEIRO.—Pero es que si aciertas las dos cartas me desbancas.
BARCALA.—¡Ay! ¿Y luego tú qué querías, parvuliño, ganar y no perder nunca? ¡Estate por ahí, que ya te llamaré!
MADEIRA.—¡Apunta los seis pesos y calla, *ostrógodo!*
SAMOEIRO.—Os advierto que si me insultáis dejo la banca ahora mismo.
AUGUSTO.—¡Qué vas a dejar, *hom!* ¡Tú aguantas ahí mecha hasta que des las tres de última!
BARCALA.—Eso no tiene duda.

Tú aguantas ahí, como hay Dios,
hasta que las tres nos dés,
y si tú no das las tres
te daremos a ti dos.

Dos piñas en los morros. Ten la idea presente, aunque no pude meterla en el verso.
PITOUTO.—No hay más remedio.
MADEIRA.—Y ahora me pasas aquellos tres perros gordos de la señora sota al señor caballo. Y éste otros dos... ¿A qué carta apuntas abajo?
GERARDO.—Al siete.
MADEIRA.—Pues van al siete. Es liquidación de existencias... si pierdo. ¡Pero no hay pavor en este corazón!... Y además ganaré porque voy contigo, y punto de la calle, punto seguro.
BARCALA.—¡Y más es verdad! Mira, Samoeiro, pásame mi postura al siete.
PITOUTO.—Y la mía.
AUGUSTO.—Y la de un servidor, con este montoncito de perros, arréala para la misma aula.

BARCALA. Y este duro refulgente
añádelo al siete ya inmediatamente.

SAMOEIRO.—No va más. ¿Juego?

MANOLO.—¡Juego yo! ¡Juego! Una peseta cae al mismísimo siete en cuestión.

SAMOEIRO.—Ponla.

MANOLO.—¿Qué la ponga? ¡Parece mentira que tengas esos despotismos con un compañero!

SAMOEIRO.—Entonces no va nada.

MANOLO.—Negocio, Samoeiro. Se presenta negocio. Véndote la corbata.

SAMOEIRO.—¿Cuánto?

MANOLO.—Seis pesetas. Cinco...

SAMOEIRO.—Una.

MANOLO.—¡Ladrón! ¡Asesino de corbatas! Dame dos.

SAMOEIRO.—Una.

MANOLO.—Bueno. Ponla al siete.

SAMOEIRO.—Pero venga antes la prenda.

MANOLO.—Llévasela, Pitouto. ¡Y permita Dios que se destiña!

SAMOEIRO.—*(Guardándosela.)* ¿Tiro?

BARCALA.—¡Arrea! Tres..., as..., cinco..., ¡siete! ¡¡Viva el siete!! ¡¡Viva el excelentísimo siete!!

TODOS.—*(Menos Samoeiro, ¿eh?)* ¡Viva!

SAMOEIRO.—*(Pagando.)* Cinco duros..., un duro..., una peseta..., seis perros...

PITOUTO.—Cuenta bien, Samoeiriño...

SAMOEIRO.—*(Espantado.)* ¡¡Hay embuchado!!

PITOUTO.—Sí, señor; una dulcísima peseta...

SAMOEIRO.—¡Pero es que ya se dijo que no valían los embuchados!

BARCALA.—Paga y calla, que tenemos mucha prisa.

SAMOEIRO.—*(Resignado.)* Bueno..., bueno.

MANOLO.—Samoeiro. Rescate de cautivos. Te recompro la corbata.

SAMOEIRO.—Bueno. Seis reales.

MANOLO.—¡Ladrón!

SAMOEIRO.—Estoy perdiendo...

MANOLO.—Aguardaré a que pierdas más. "... e... e... exentos de responsabilidad: primero, los imbéciles y los locos..., el que obra por miedo insuperable... insuperable..." *(Acude al libro, porque ya no recuerda.)*

DICHOS. NIETO, *por izquierda, con paraguas medio abierto.*

NIETO.—¡Troyanos! ¡Arda Troya!

AUGUSTO.—¿Qué pasa, Nietiño?

NIETO.—¡¡Arda Troya, digo!! ¡¡Vengan a mí los troyanos leales!! *(Todos acuden recogiendo sus dineros.)*

MADEIRA.—Ya ardemos. ¿Qué ocurre?

NIETO.—Pasada mañana salen de tuna los de Farmacia; pero vuestro insigne director no puede consentir que nadie pise el terreno a la Facultad de Derecho y mañana mismo salimos nosotros. A las once, he citado aquí a los de la Vizcaína para ensayar un poco.

MANOLO.—¿Pero es fijo que salen los de Farmacia? ¿Cómo lo supiste?

NIETO.—Como sé yo todas las cosas. A fuerza de dinero.

AUGUSTO.—Sí; esa es tu fuerza, Nietiño.

NIETO.—En cambio, no tengo otra... Sospechaba que se reunían a la chita callando en una casa de Cornes, y para cerciorarme llamé a un rillote—un pillete de la calle—, que me sirve para mis correrías, y le dije: Cañotas...

BARCALA.—*Cuyamente*, éste es Cañotas.

BARCALA, NIETO y AUGUSTO:

> Que con su trato sencillo
> nos da lustre y nos da brillo,
> pues *limpa* muy bien las botas.

NIETO.—El mismo. Y le dije: Ahí tienes quinientas pesetas. Averigua lo que hay de verdad y a la vuelta te daré otras tantas. Por cierto que no llevaba cambio bastante y le quedé a deber unos cientos de pesetas. Nada.

SAMOEIRO.—¡Pero no es verdad que hayas dado ese dinero!

AUGUSTO.—El que lo dudes—solamente dudarlo—te coloca, una vez más, entre los percebes. ¡A echar, Samoeiro!

NIETO.—Programa definitivo. Primero, me prestaréis quince cochinos reales para sacar del poder de los infieles mi flauta adorada.

GERARDO.—Sí, hombre.

NIETO.—No creo adecuado dirigiros con la papeleta.

GERARDO.—Ahí va un duro.

NIETO.—Gracias, Mecenas. ¿Será bueno?

GERARDO.—¡Claro!

NIETO.—Dispensa la pregunta...; pero es que para mí no está jamás claro esto de los duros...

PITOUTO.—Yo necesitaré comprar unas cuerdas para la guitarra.

BARCALA.—Tengo yo.

PITOUTO.—¿Tienes tú?

BARCALA.—Sí; las del baúl. Si te sirven...

PITOUTO.—¡Para ahorcarte!

GERARDO.—Se comprarán, Pitouto.

AUGUSTO.—Mañana, como primera salida, iremos únicamente a dar serenata a lo más escogidito y a lo más preciosísimo de la localidad.

BARCALA.—¡A Moncha divina!

AUGUSTO.—A Ramona Lozano. Un nombre vulgarote y feo; pero aquí hasta lo feo se embellece, y la prosaica Ramona es Moncha divina.

BARCALA.—Ahora le andamos reñidos, ¿sabes? Pero hemos de hacer las paces porque está muerta por mis pedazos.

AUGUSTO.—Rebaja algo...

BARCALA.—Nada. Es precio fijo.

AUGUSTO.—Bueno. Iremos a cantarle a Moncha; pero, antes de todo, no puede faltar la serenata a don Servando.

GERARDO.—¿Lo contáis entre las preciosidades?

AUGUSTO.—¡Ya lo creo! Es el primer amor de los estudiantes. ¡Un catedrático que no suspendió a nadie jamás! ¡Un santiño!

BARCALA.—Como lo oyes. Un santiño. Y la primera estudiantina va al pie de sus balcones.

GERARDO.—Pero pone faltas...

AUGUSTO.—Y en los exámenes, conforme le vamos contestando disparates, él pinta en su lista, al lado del nombre de cada alumno, unas orejas de burro, y a medida que aumentan los disparates él nos aumenta el tamaño de las orejas... ¡Las hubo que necesitaron dos pliegos de papel! Pero luego vienen las notas, y aprobados todos. ¡Un santiño! ¡Viva don Servando!

TODOS.—¡Viva!

BARCALA.—Luego a la novia de éste, luego a la mía y a la de esta canalla.

GERARDO.—Pues yo quería pediros un favor... Ya que vais a ir a muchos sitios, si no os molestara el dar serenata en uno más...

AUGUSTO.—*(Abrazándole.)* ¡Caíches, Gerardiño!

BARCALA.—*(Abrazándole.)* ¡Te pescaron las gallegas, madrileño!

SAMOEIRO.—¡Mi enhorabuena!

GERARDO.—No, no. Palabra de honor que no hay nada... Es solamente que deseo pagar de algún modo una deuda de gr

titud, porque hace tiempo, en una visita al señor Castro, la señorita Carmiña fué tan amable...

AUGUSTO.—No te pongas cursi. No se dice la señorita Carmiña: se dice el encantiño del Preguntoiro.

GERARDO.—Bueno...

AUGUSTO.—Pues a decirlo.

GERARDO.—El encantiño fué tan amable que me dió a conocer unas hermosísimas canciones del país... *Os teus ollos... O adiós a Mariquiña...*

BARCALA.—Pues corresponderemos a esas canciones con las nuestras. ¡Y ya verás con qué entusiasmo... y con qué desafinación las cantamos! Hay cada voz en la tuna que mete miedo y una libertad de oído para llevar el compás que aún mete más miedo todavía; pero eso no importa, porque ya quedamos citados para encontrarnos en el calderón... y allí nos reunimos.

NIETO.—Es buen sitio...

BARCALA.—A propósito de voces. No te sorprendas cuando le demos serenata a la del corresponder, si me ves a tu lado y empiezo a gritar: ¡Gerardo!... ¡Ay, Gerardo... Roquer!

GERARDO.—¿Y para qué vas a dar gritos, poniéndote a mi lado?

BARCALA.—Para que lo oiga ella, ¡burro!, y se entere bien de que eres tú el del obsequio.

GERARDO.—Muchas gracias..., y después, cenaremos. Os convido.

MADEIRA.—No. Te llevaremos la capa; pero gratis.

GERARDO.—¡Os juro que no es eso!

BARCALA.—Ya está dicho. Iremos a berrear artísticamente en el Preguntoiro.

NIETO.—Hombre, Barcala...; eso de berrear es ofensivo.

BARCALA.—Ya sabes que nos lo dijeron en letras de molde. Un periódico escribió: "Esos muchachos de la casa de la Troya, cuando van de estudiantina, cantan con toda su alma." Y otro periódico lo comentó, diciendo: "Es verdad; pero ojalá, para los oídos ajenos, que no cantaran más que con el alma..."

NIETO.—Envidias...

AUGUSTO.—Pero antes, señor don Gerardo Roquer, antes de que nosotros cantemos un alalá o una foliada, va usted a cantar la gallina.

GERARDO.—¡Yo!

AUGUSTO.—Sí, riquiño, sí. Tú has dicho que las gallegas son pavas y sosas; tú has dicho que son presumidas e infatuadas, y ahora mismo, ahora mismito te vas a desdecir.

GERARDO.—Con mil amores y confieso...

BARCALA.—¡No, no! Sírvase contestar según fuera pregun-

tado. ¿Jura en su alma y por su honor decir verdad? *(Forman Tribunal para juzgar a Gerardo.)*

GERARDO.—*(Solemne, pero sonriente.)* Sí, juro.

BARCALA.—Pues conteste. ¿Hállase el procesado sinceramente arrepentido de las bellaquerías que formuló contra las galleguiñas y de su injusto desdén contra la tierra *meiga* de Galicia?

GERARDO.—Hállome...

AUGUSTO.—Responda, pues, en consecuencia. ¿Qué es lo mejor del mundo?

GERARDO.—España.

AUGUSTO.—De España, ¿qué?

GERARDO.—Galicia.

AUGUSTO.—¿De Galicia?

GERARDO.—Santiago.

AUGUSTO.—¿Y de Santiago?

GERARDO.—La catedral...

BARCALA.—Tiene razón artística el procesado; pero ahora no le estamos para catedrales.

MANOLO.—*(A media voz.)* El Preguntoiro...

GERARDO.—¡Lo mejor de Santiago es el Preguntoiro!

BARCALA.—Bien contestado... y bien soplado. De toda la tierra y de cuanto se ve por el cielo..., ¿qué es lo más hermoso?

GERARDO.—Las mujeres.

AUGUSTO.—De las mujeres, ¿cuáles?

GERARDO.—Las gallegas.

AUGUSTO.—¿De las gallegas?

GERARDO.—Las de Santiago.

AUGUSTO.—Y entre las de Santiago, ¿cuál es la primera?

BARCALA.—¡La segunda, tú! ¡La primera es Moncha divina, caray!

MANOLO.—¡Es Mari Pepiña!

MADEIRA.—¡Es Sabela!

AUGUSTO.—Son todas primeras, fillinos..., no os sulfuréis. Pero pregunto por la primera para Gerado.

GERARDO.—Yo, la verdad, no tengo novia...

AUGUSTO.—Eso ya lo declaró el procesado en el sumario... Ahora tenga la bondad de clarearse un poquito, si es que le merecemos la confianza.

GERARDO.—¡Eso sí!

AUGUSTO.—Pues hocique, hermano, hocique...

BARCALA.—¿Te da vergüenza proclamar una admiración noble y leal?

GERARDO.—¡No! ¡Lo más hermoso y lo mejor del mundo, para mí, es Carmiña Castro Retén!

PITOUTO.—¡Viva Carmiña!

TODOS.—¡Viva!

AUGUSTO.—¡Viva el encantiño del Preguntoiro!

TODOS.—¡Viva!

GERARDO.—Pero os jura que no tengo nada con ella...

ESCENA VI

DICHOS. MANUELA, *por izquierda.*

MANUELA.—¡Ay, don Gerardo!... Le traen para usted esta carta del Preguntoiro. *(Una pausa, mirando todos a Gerardo, que baja la cabeza avergonzado.)*

BARCALA.—¡Conque no había nada, eh, ladrón! *(Y le larga una piña.)*

PITOUTO.—¡Vivan los novios!

GERARDO.—Le mandé hoy mi primera carta, declarándome... y no esperaba tan pronto la contestación.

BARCALA.—¡Estas pavas te le corren como liebres!

MANUELA.—Y luego, don Gerardo, ¿la toma, o qué?

GERARDO.—¡Ya lo creo! *(Dándole un duro.)* Para ti.

MANUELA.—Muchas gracias y que Dios le dé muchas novias.

AUGUSTO.—Para muchos duros. Comprendido. *(Mutis Manuela.)*

BARCALA.—Mi enhorabuena más cumplida por las dos cartas de hoy.

GERARDO.—*(Que se guardó discretamente la carta para saborearla a solas.)* Esta es la única. ¡Palabra!

BARCALA.—¿Ya no te acuerdas, ingrato? Pues la otra también te le fué magnífica.

GERARDO.—¿Qué otra carta?

BARCALA.—La del entrés. ¡El siete, hombre!

SAMOEIRO.—*(Suspirando, doliente.)* El siete..., ¡ay!

MANOLO.—*(Consolándole.)* Reveses de la fortuna voluble, Samoeiriño... Hay que poner buena cara... y hay que devolverme la corbata, ¿sabes?

NIETO.—Querido Gerardo... En tu honor y en el de esa preciosidad de criaturiña que te llevas, esta noche voy a hacer locuas con la flauta...

GERARDO.—Muchas gracias...

NIETO.—¡Verás qué trinos y qué arpegios! Tengo empeño en que... *(Cortando, trágico.)* Bueno... Ya sabes tú lo del empeño...

AUGUSTO.—Tendrás afán por leerla, ¿eh? ¿Quieres que nos vayamos? ¿No? Pues apártate y nosotros disimularemos...

UNA VOZ EN LA CALLE.—¡Nieto! ¡Nietiño!

NIETO.—Los de la tuna... *(Abriendo el balcón.)* ¡Ya vamos! ¿Qué os parece una canción para solemnizar la lectura?

AUGUSTO.—¡Mortal!

MANOLO.—Anda con ella, Nietiño. Una copla de Rosalía o de Curros.

MADEIRA.—Un buen pretexto para dejar solo a éste un momento, que lo agradecerá.

BARCALA.—A cantar, sí, que unidos deben ir siempre los cantares y los amores.

En lo que dice un cantar
y en lo que dice un amante,
no hay diferencia bastante
para poderla apreciar.
Hablan con igual porfía
y se expresan de igual modo:
¡quizás no sea verso todo...;
pero todo es poesía!...

AUGUSTO.—¡Bravo, Casimiro! Eres el Rosalío Castro de la Universidad.

MADEIRA.—Bajas en seguida, ¿eh? Pues andando nosotros. *(Van saliendo todos por izquierda.)*

GERARDO.—*(Volviéndose de espaldas abre la carta, se la queda mirando atónito, y al fin la tira con rabia al suelo.)* ¡Maldita sea! *(Todos entran rápidos.)*

PITOUTO.—¿Qué es?

BARCALA.—¡Ay, Virgen de la Esclavitud!

MANOLO.—Cucurbitáceas tenemos...

AUGUSTO.—¿Qué te pasa? *(Recogiendo la carta.)* "Señorita doña Carmiña..."

GERARDO.—*(Serenándose por fuera.)* Nada de particular. Que esa señorita cursi y mal educada me devuelve groseramente mi carta sin abrirla siquiera. Nada. ¡Cosas de provincias!...

MANOLO.—Filemos, hijos, filemos, que se meten ya con la provincia..., y de eso a meterse con nosotros no hay el borde de una uña. *(Mutis.)*

ESCENA VII

GERARDO, AUGUSTO *y* BARCALA. *Las voces, en la calle.*

AUGUSTO.—Tú tienes la culpa...

GERARDO.—Ya lo sé...

AUGUSTO.—Has dicho, jactanciosamente, que a ésa no había

más que mirarla para que cediera, y que no estaba mal para un noviazgo de estudiante. Lo ha sabido...

BARCALA.—Lo ha sabido, sí. Me consta.

AUGUSTO.—Y ahora te demuestra que vale para algo más.

GERARDO.—Lo que ella no sabe, y vosotros tampoco, es que yo me felicito de esa impertinencia.

BARCALA.—¿Te felicitas?

GERARDO.—¡Sí!

BARCALA.—Bueno. Estate por ahí, que ya te llamaré...

GERARDO.—*(Santándose malhumorado.)* Este capricho, que no es otra cosa...

AUGUSTO.—¿No es más?

GERARDO.—No.

AUGUSTO.—¿No?

GERARDO.—¡No!

AUGUSTO.—Bueno, hombre. Pero no te incomodes para demostrar que no te importa.

GERARDO.—Es tu insistencia la que me mortifica.

AUGUSTO.—*(A Barcala.)* ¿Tronada, tú?

BARCALA.—*(Sentado a los pies de la cama.)* Tronada parece, sí...

GERARDO.—Este capricho me retenía un poco; pero hoy escribo a mi padre pidiéndole autorización para marchar..., y si no me la concede, me marcho sin ella de este pueblo aborrecido.

AUGUSTO.—Y el pueblo, ¿qué te hizo de malo, hombre?

GERARDO.—Ser como es de triste, de agobiador...

AUGUSTO.—¡Bah, bah! La morriña de ahora te le es de las calabazas...

GERARDO.—¡No, no! Es de la ciudad, del ambiente...

LA VOZ DEL SERENO.—¡Ave María Purísima! ¡Las once! Y lloviendo...

GERARDO.—¿Lo ves?...

AUGUSTO.—¿Y eso qué?... El agua acompaña...

BARCALA.—¿Y no ha de acompañar?...

¡Cómo chove, mihudiño;
cómo mihudiño, chove!...
¡Cómo chove, mihudiño,
po-la banda de Laíño,
po-la banda de Lestrove!...

GERARDO.—¡Calla, tú! Aún por el día..., y cuando estoy con vosotros, me parece posible la estancia aquí; pero, al quedarme solo, especialmente de noche, se me cae encima la ciudad,

las piedras de las casas, la mole de la catedral, las mil campanas de las quinientas iglesias...

BARCALA.—Ya las recordarás con pena cuando oigas otras...

Campanas de Bastabales...
¡Cuándo vos oigo sonar,
muérome de soledades!

GERARDO.—¡Calla! Es la ciudad triste, la ciudad quejumbrosa y doliente, que nos envuelve en murrias, en nieblas y en el continuo espanto de los muertos y de los aparecidos... ¡No puedo más! ¡No puedo más!

AUGUSTO.—¡No te acongojas tú poco que digamos!...

GERARDO.—¡Pero si aquí es congoja todo! El ambiente, el silencio, el aire...

BARCALA.—¡El aire, no, hereje!

Airiños, airiños, aires;
airiños da miña terra...

GERARDO.—¡Calla!

BARCALA. Airiños, airiños, aires;
¡airiños, levadme a ela!...

GERARDO.—Calla, te lo suplico, que me ponéis desesperado con esas coplas morriñosas que entristecen, que enervan...

LA VOZ EN LA CALLE.—*(Después de oírse la capanilla.)* ¡Hermanos!

GERARDO.—¡Cerrad!

LA VOZ.—Recen un Padrenuestro por el alma de don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad. *(Se aleja el tintineo de la campanilla.)*

GERARDO.—¡Cerrad la ventana! ¡Por Dios, cerradla! ¿No veis que la ciudad entera se desploma sobre mí? ¿No lo veis?

AUGUSTO.—Vaya, vaya, hay que calmar esos nervios.

LA TUNA O UN TUNO DE BUENA VOZ.—*(En la calle.)* Unha noite n'a era do trigo...

GERARDO.—¡Que callen, por Dios! ¡Por caridad, que callen! *(La tuna sigue la estrofa primera.)*

AUGUSTO.—¡Nieto! ¡Nietito!

NIETO.—*(En la calle.)* ¿Qué, hom, qué?

AUGUSTO.—Calládevos un poco.

BARCALA.—Vamos, claros de una vez, Gerardo: ¿la quieres o no la quieres?

GERARDO.—*(Brincando indignado.)* ¿Yo? ¿Enamorado yo de esa cursi y de esa antipática?

BARCALA.—Sí, tu excelencia.

GERARDO.—No, hombre, no. ¡Qué voy a estar!

BARCALA.—Pues entonces asunto concluído.

GERARDO.—De todas maneras...

AUGUSTO.—De todas maneras, no, que a Barcala le sería facilísimo el obligarla a que lea la carta y a que la conteste.

GERARDO.—¿Facilísimo?

AUGUSTO.—Moncha es prima hermana de Carmen.

BARCALA.—Primiña... Y dándole la carta a ella no tenía más remedio que contestar la otra.

GERARDO.—¿Y tú harías eso por mí, Barcala?

BARCALA.—¡Quiá, hombre! ¿Para tu caprichito y para una antipática? ¡Quiá!

GERARDO.—¡Habla en serio, Barcala!

BARCALA.—¿No es serio lo de la antipatía?

AUGUSTO.—Sírvase vuecencia cantar la gallina...

GERARDO.—¡Responde, por Dios!

AUGUSTO.—Hocique, hermano, hocique...

BARCALA.—¿La quieres o no?

GERARDO.—*(Abrazándose a Barcala y rompiendo ya el claro secreto de su alma.)* ¡Si la quiero, Barcaliña, sí! La quiero de veras, con toda a miña alma e todo o meu corazón.

AUGUSTO.—¡Y lo dice en gallego! Está *pirdido* este mozo, Barcala; *pirdido* completamente.

GERARDO.—¡Sí! *¡A quero! ¡E mi vidiña e a luz dos miños ollos!*

BARCALA.—Como idioma gallego, estás para que te pegue dos tiros un regionalista...; pero como buen amador, te las puedes poner con el mismo Macías el enamorado. ¡Daca la carta!

GERARDO.—¡Gracias! ¡Gracias!

AUGUSTO.—¡Nieto! ¡Nietiño! ¡ Auna! ¡A dos! ¡A tres! *(Sigue desde el balcón dirigiendo a la tuna.)*

LA TUNA.—Unha noite n'a era do trigo...

GERARDO.—¿Contestará?

BARCALA.—Y diciéndote que sí... ¡De eso ya sé yo algo por Moncha!

GERARDO.—¡Ay, Barcaliña! *(Abrazándole.)* ¡Viva Galicia! ¡Viva Santiago!

BARCALA.—¡Viva, sí; peo no estrujes! *(El canto sigue hasta después de caer el telón.)*

(Durante todo el acto, hasta la escena final, los estudiantes harán lo que les dé la gana, brincando, saltando, pintando monos y un ¡viva don Servando! *en la pared para dar impresión de gente moza y bullanguera.)*





CAPITULO TERCERO

La Plaza de Platerías. Al fondo, la Catedral, con el pórtico practicable. Es por la mañanita, en Febrero. Durante el acto entrarán y saldrán de la Catedral las personas y en el momento que el director considere oportunos.

ESCENA PRIMERA

EUDVIGIO, UNA VIEJA, UNA RAPAZA, *en el pórtico.* UNA SEÑORA *viene por izquierda, da limosna a todos y entra.*

EUDVIGIO.—Santos amaneceres tenga...

VIEJA.—*(Alzando el cortinón.)* Y rece por los pobres, doña Manuelita, que las oraciones de usted van muy derechas.

SEÑORA 1.ª—*(Desentendiéndose.)* Buenos días, buenos días. *(Mutis.)*

VIEJA.—Es una santa.

EUDVIGIO.—Es. Pero con cuerenta mil reales de renta también yo era santo.

VIEJA.—Eso aun habería que verlo, que usted siempre fué un langrán.

EUDVIGIO.—Y tú una mujer de bien, eso es... Y Dios me perdone la mentira.

VIEJA.—¡Mucho le han de quemar en los infiernos!

EUDVIGIO.—Con tal de que me muden la compañía, puede que aún no esté mal del todo.

VIEJA.—¿La dice por mí, señor Eudvigio?

EUDVIGIO.—No, mujer, no. Estoy pensando en otra. De ti no he visto nunca nada malo.

VIEJA.—¡Y cómo ha de ver sin ojos, ladrón!

EUDVIGIO.—Eso también es verdad. Pero más no digo, y si te basta, bueno va...

RAPAZA.—No disputen, que viene gente. *(Señora 2.ª y la hija.)*

EUDVIGIO.—Santa Lucía las guarde del mal de no ver.

VIEJA.—Por la Virgen de hoy, que la Candelaria es...

HIJA.—Dame unos cuartos, mamá.

RAPAZA.—Y a mí, ¿no me socorre?

SEÑORA 2.ª—No llevo más calderilla.

EUDVIGIO.—Rebusque, señora, rebusque, que si el corazón trae voluntad, las manos siempre topan con algo en los bolsillos. Y bien lo merece esta pobre...

RAPAZA.—Para ayudar de una vela.

EUDVIGIO.—Es la ofrecida del Castro de Camariñas.

RAPAZA.—Soy, señora, soy, que va para nueve días que me clavó los dientes un can de la rabia.

HIJA.—*(Que iba a darle limosna, retirándose vivamente.)* ¡Ay!...

EUDVIGIO.—No pase miedo, que si tiene ponzoña aun no le brotó para fuera. Pero por si acaso acude en ofrecimiento. Deme a mí la limosna si repara, deme... Gracias.

HIJA.—Vamos, mamá, vamos. *(Mutis las dos.)*

EUDVIGIO.—Y que San Roque la libre, y a los suyos, y más toda la corte celestial las ampare... ¡¡Cochinas, asquerosas, que hasta en la limosna ofenden, como si les diera menos de nuestra honrada pobreza!!

VIEJA.—¡Esa es la fija!

EUDVIGIO.—Y si a mano viene somos nosotros cien veces más decentes y más generosos que ellos. ¡¡Cochinas, roñicas!!

RAPAZA.—Es verdad, sí, señor. ¿Me da los dineros?

EUDVIGIO.—¿Qué dineros?

RAPAZA.—¡Los que dieron para mí!

EUDVIGIO.—Ah, sí. Era olvido natural. Toma, toma.

RAPAZA.—¡Ay, no, que dió una pieza de dos cuartos!

EUDVIGIO.—¿Y yo qué doy?

RAPAZA.—Un ochavo.

EUDVIGIO.—Con no ver se engaña uno mucho. Toma, toma, ¡que somos nosotros más decentes que ellos cien veces!

VIEJA.—¡Y doscientas también!

LOS MENDIGOS *y* LA GALANA.

LA GALANA.—A los buenos días.

RAPAZA.—Muy buenos, doña Galana.

EUDVIGIO.—Hoy se te pegaon las sábanas, ¿eh?

LA GALANA.—Pues sin acostar le vengo, que estuve de baile.

EUDVIGIO.—¡Buena sinvergüencería es! ¿Y que lo digas aún? ¡Qué cosas se oyen a tu puerta, santo Apóstol! ¡El fuego del cielo tiene que caer otra vez como en Sodoma y *Seagomorra!*

VIEJA.—¡Y muy bien ganado lo tiene el mundo!

LA GALANA.—¿Se puede saber por qué es la letanía, usted, sarnoso?

EUDVIGIO.—Por el antruejo que te sacara a bailar, que debe ser hombre de gusto...

LA GALANA.—Para cuando los quise me sobraron... Pero agora no es del caso la malicia.

EUDVIGIO.—¿Y entonces a qué fuiste?

LA GALANA.—¡Fuí a la puerta a pedir!

EUDVIGIO.—¡Arreniégote, mujer! Peo si a eso le llamas ir de baile, a pasar por la pastelería puede que le llames ir de merienda. Ahora, que después de ese merendar, aún te quedarán ganas muchos días...

LA GALANA.—Burládevos, burládevos...; pero a mí la risa me salta en la faltriquera con mis buenos dineros. ¡Había un señorío!... ¡Todo lo principal! Bueno, el baile de la Calendaria en el casino es lo mejor de lo mejor. Dicen que después de Madrid son los primeros.

VIEJA.—No sé qué te conteste, Galana. ¡Mira también que los de Ferrol!...

LA GALANA.—Creo que también, sí.

VIEJA.—Y de lujo y de vestir, cuanto te diga es poco. Van hasta señoras sin ropa por arriba.

RAPAZA.—¡Jesús!

EUDVIGIO.—No hay bien como el de la vista.

RAPAZA.—Y ya hecho el negocio, ¿para qué viene y no duerme, doña Galana?

LA GALANA.—Aun queda por comer lo maduro, que después de la parranda las señoritas cambian de traje y vienen a las misas primeras para dormir luego a su gusto.

EUDVIGIO.—Y así, en paz con Dios y con el diablo. ¡Ha de venir el fuego del cielo, ha de...! *(Entra un señor.)*

LA GALANA.—*(Plañidera.)* ¿No deja una limosniña, señor?...

¿Que otra vez será? Bueno... Nuestro Señor le dea con qué para otra vez.

EUDVIGIO.—¡Lo que había de darles es con un hierro abrasado para quemarles el alma egoísta!

LA GALANA.—¡Vaya, hom..., que todo lo enfada!

EUDVIGIO.—Porque niegan la limosna, que es obligación de rico y nos la deben. Y los que son duros de entrañas no encontrarán nunca el camino de su salvarse y andarán errantes como el raposo extraviado cuando no ventea el aire de su tobo. Amén.

LA GALANA.—No maldiga, empecatado.

EUDVIGIO.—¿Y por qué no? San Pablo maldecía y es santo. San Pedro renegaba y es santo. Y Jesús le negó descanso al judío errante y es Dios Nuestro Señor. Amén.

LA GALANA.—Pues amén diremos para ver si calla dándole la razón. *(Los mendigos entrarán en la iglesia después de un rato.)*

ESCENA III

GERARDO *y* BARCALA, *de frac y sombrero de copa.* AUGUSTO, *de frac y flexible ancho. Los tres de capa.*

BARCALA.—Señor don Gerardo Roquer, estás en la plaza de Platerías de la insigne Compostela.

GERARDO.—Ya lo sé.

AUGUSTO.—Y son las siete de la mañana, señor don Gerardo Roquer.

GERARDO.—También lo sé. Pero, ¿queréis decirme de una vez por qué andamos vestidos de mamarrachos en lugar de irnos a dormir o siquiera a cambiarnos de ropa?

BARCALA.—Augusto, tú, que eres un entendimiento claro y fértil, respóndele en nombre de la comunidad.

AUGUSTO.—Gracias, Casimiro; pero mi claro y fértil se obscurece ante los fulgores del tuyo.

BARCALA.—Gracias, Armero, don Augusto.

GERARDO.—¿Queréis dejar las finuras... o las guasas y contestarme?

BARCALA.—Sí. Primero: niego en redondo que vayamos hechos unos mamarrachos.

GERARDO.—No por el traje; por la hora inoportuna de llevarlo.

BARCALA.—Segundo: me parece estulta la idea...

AUGUSTO.—¡Bien, Barcala! *Suaviter in modo, fortiter in re.* Suave en la forma y fuerte en el fondo. ¡Muy bien!

BARCALA.—¿Apruebas?

AUGUSTO.—A fin de curso te lo diré.

BARCALA.—¿La construcción y el léxico de mis párrafos?

AUGUSTO.—En absoluto. Son cervantinos.

BARCALA.—Lo mismo creo. Y sigo. Me parece estulta la idea de irse a dormir cuando Venus se alza rutilante en el firmamento.

AUGUSTO.—Quizás te hubiera salido mejor en aleluyas...

BARCALA.—Por eso no sufras Augusto.

¡La idea de irse a dormir
en este preciso instante
en que Venus, rutilante,
se alza en el puro zafir
brillando al amanecer...,
nos ha parecido estulta...
u... u... propia de la turbamulta...;
¡pero no de ti, Roquer!

AUGUSTO.—¡Colosal!

BARCALA.—En rima, lo que quieras. Es la especialidad de la casa.

¡Recuerda tú, Augusto, que no *en vano*
soy el hombre que ha puesto en verso
siete lecciones del Derecho Romano!

GERARDO.—¡No seáis plomos!

BARCALA.—Y tercero: nos parece igualmente errada la idea de irse a mudar por si entretanto vinieran aquí los pájaros madrugadores: la golondrina, el ruiseñor, la alondra que terminaba los idilios de Romeo y Julieta... y Partagás.

GERARDO.—Habla en serio. ¿Vendrá alguien?

AUGUSTO.—Moncha divina.

BARCALA.—Monchiña de mi alma.

AUGUSTO.—Y seguramente la señorita de Castro Retén. ¡Por eso te traemos, mamalón!

BARCALA.—¿Te enteras ahora?

GERARDO.—Pues aquí me estoy a pie firme todo lo que sea menester, y al que no le guste la indumentaria, que me dé un recibo.

AUGUSTO.—Plomos, ¿eh?

GERARDO.—*(Abrazándoles.)* ¡Los mejores amigos del mundo!

ESCENA IV

DICHOS. DON SERVANDO, *por derecha, de capa.*

SERVANDO.—Felices, caballeritos...
GERARDO.—¡Don Servando!
SERVANDO.—Tanto bueno por aquí...
BARCALA.—¡Viva don Servando!
AUGUSTO.—¡Viva el mejor catedrático del mundo!
SERVANDO.—Gracias...

BARCALA. Lo mismo en abril que en junio,
en menguante o en plenilunio,
con sol, con frío o nevando,
viva siempre don Servando,
que jamás causó infortunio
a ningún examinando.

SERVANDO.—Gracias..., gracias... Pero conviene ir estudiando, por si se pone fiero este año don Servando.
GERARDO.—¿Quién dice miedo?
SERVANDO.—Pues quien puede decir suspenso.
AUGUSTO.—Usted es muy bondadoso.
SERVANDO.—Fíense, fíense... Un año me voy a incomodar de veras contra tanta holgazanería y no van a ver ustedes un aprobado ni por las nubes. Ustedes se figuran que me tienen engatusado con los saluditos finos y con las dichosas serenatas... ¡Y no, señor; no, señor!
GERARDO.—Usted suspenderá a quien le parezca..., pero nosotros seguiremos respetándolo y queriéndolo.
SEVANDO.—No vengamos con zalamerías, ¿eh?
AUGUSTO.—Y no hay cuidado.
SERVANDO.—¿Cómo que no hay cuidado?
AUGUSTO.—Usted no puede suspender a nadie.
SERVANDO.—¿Cómo que no puedo?
AUGUSTO.—¡Menudo disgusto se llevaba usted!
SERVANDO.—*(Riendo.)* Eso es verdad. ¡Y de eso se prevalen ustedes, granujas! Bueno, bueno. Ya veremos. *(Dándoles la mano.)* Celebro mucho este ratito de conversación, que deseo que se repita, porque yo creo que los estudiantes y los profesores deben frecuentar el trato para conocerse y para estimarse.
BARCALA.—Sí, señor.
GERARDO.—Sí, señor.
SERVANDO.—Y yo he tenido sumo gusto en verles a ustedes

aquí..., ya que no puedo nunca darme el gusto de verles a ustedes en clase.

BARCALA.—Yo es que he estado enfermo.

AUGUSTO.—Y yo también.

SERVANDO.—*(A Gerardo.)* Y usted también. Ya lo sé. Pero si tuvieran ustedes la bondad de avisarme el día que se ponen ustedes todos enfermos, enfermaría yo también, evitándome el explicar la conferencia a los bancos solamente.

GERARDO.—¡Mañana vamos!

SERVANDO.—Sí, sí. Hoy deben ustedes ir a la Alameda, que hace un sol muy hermoso.

BARCALA.—Este había pedido el libro de texto a Madrid y hasta ayer no le llegó.

SERVANDO.—Hasta ayer. Me lo dijeron en Correos, sí. ¿Qué texto ha pedido usted, joven?

GERARDO.—¿Qué texto?

SERVANDO.—Sí.

GERARDO.—¿Qué libro de texto?

SERVANDO.—Sí, hombre. ¿Todavía no sabe usted cuál? ¡¡Y llevamos cinco meses de curso!!

AUGUSTO.—Aún no lo ha desembalado.

BARCALA.—Porque viene muy atado.

SERVANDO.—Déjelo así. Es igual. Les señalé de texto el Rodríguez y Gómez, porque es el menos peor de cuantos se han escrito..., pero les voy a dar a ustedes un consejo: que no lo estudien. Ustedes, naturalmente, ya están en ello...; pero les explicaré el caso. Entre un alumno que vaya a examinarse y se quede callado y otro que me diga muy bien, muy bien el Rodríguez y Gómez, suspendo a éste y doy sobresaliente al otro. ¿Decía usted algo?

GERARDO.—¡No, señor, no!

SERVANDO.—Y es porque el que no ha estudiado *eso* está en disposición de aprender la asignatura cuando quiera, mientras que el otro se ha metido en la cabeza tanta broza jurídica, que le imposibilita para saber Derecho mercantil en todos los días de su vida. *(Una risita.)* ¿No es verdad? Bueno, bueno, hasta mañana, caballeritos.

AUGUSTO.—¿Qué lección llevamos, don Servando?

SERVANDO.—Cualquiera..., cualquiera.

GERARDO.—Bien, pues estudiaremos esa.

AUGUSTO.—Barcala y yo también.

SERVANDO.—¿Usted es Barcala? ¡Barcala, don Casimiro! Su tío de usted, el cura de San Fiz de Abeleiras, me pidió que le haga a usted estudiar.

BARCALA.—Cosas de mi tío...

SERVANDO.—Es verdad, sí, señor. *(Una risita.)* Usted ahora

es muy joven para eso y el estudio es propio de hombres formales. No se debía ir al Instituto hasta haber cumplido cuarenta y cinco años. Bueno, bueno; le diremos al tío que estudia usted bastante...

BARCALA.—Dígaselo..., a ver si por casualidad se lo cree.

SERVANDO.—Vaya, vaya, queden con Dios. Y cuando pasen muchos años, muchos, ¡muchos!; vamos, cuando alguno de ustedes concluya la carrera... por los rincones del mundo adonde la vida los lleve y los esparza, acuérdense algo de que si no faltan dómines con las disciplinas siempre levantadas, creyendo en el axioma antiguo de que la letra con sangre entra, tampoco faltan los catedráticos sabedores de que la juventud es juventud, de que a los padres les cuestan muchos sacrificios las carreras y de que el hombre, cuando llega a hombre, forzosamente hinca el pico en el trabajo y en el estudio. Recuérdenlo, recuérdenlo, y queden con Dios. *(Mutis por la Catedral.)*

GERARDO.—¡Viva don Servando!

AUGUSTO.—¡Viva el Derecho mercantil!

BARCALA.—¡Viva!

SERVANDO.—*(Sin volver la cabeza.)* ¡Recuérdenlo..., recuérdenlo! *(Mutis.)*

ESCENA V

GERARDO, BARCALA *y* AUGUSTO; *luego, por izquierda,* DOÑA SEGUNDA *y* MONCHA.

GERARDO.—¡Eso es un hombre bueno!

BARCALA.—Eso es ser un catedrático y no los que preguntan la asignatura, exponiéndonos a darles una mala contestación, lo que no es correcto.

AUGUSTO.—*(Avisándoles.)* ¡A saludar nosotros a la madre, hale!

(Vienen DOÑA SEGUNDA *y* MONCHA, *saludándolas Gerardo y Augusto, hasta que, hablando con ellas, las acompañan a la Catedral. Barcala tose varias veces.)*

MONCHA.—¡Jesús, qué catarro tienes!... Debías ir a sudarlo en casa.

BARCALA.—¿En la tuya?

MONCHA.—En la tuya. Y no salir hasta que yo te avisara..., dentro de dos o tres meses.

BARCALA.—¡Mismo eres una monada, Monchiña! ¿Y si te morías de pena en tanto tiempo sin verme?

MONCHA.—Mejoraba.

BARCALA.—Imposible, que ya eres lo más bonito del mundo.

MONCHA.—¡No seas bobo!

BARCALA.—¿Sabes? Ya tengo el Mercantil aprobado. Don Servando me lo dijo ahora.

MONCHA.—Falta hace.

BARCALA.—Bien aprobé el año pasado.

MONCHA.—Pero buenos padrenuestros me costó; que estuve un mes rezando todas las tardes y tenía ya las rodillas en carne viva.

BARCALA.—¡Malpocado! ¿Quedó cicatriz?... A ver... si este año te pones almohadones...

MONCHA.—No lo mereces tú, no.

BARCALA.—¿Pero de veras me rezas, bonitiña?

MONCHA.—¿Y cómo aprobabas si no, filliño? Para que luego digas...

BARCALA.—La que luego dices eres tú, que tienes celos hasta del aire. ¿Pero yo?

MONCHA.—Sí, ya sé. Un angelito del cielo. San Casimiro, sordo. Nunca da nada.

BARCALA.—Todo. En cuanto me piden. San Pedro me está diciendo siempre: "Casimiriño, ¡a modo hom!, que vaste arruinar..."

DOÑA SEGUNDA.—Vamos, niña...

BARCALA.—¿Me quieres de veras?

MONCHA.—Tonta sería...

BARCALA.—Pero te da esa tontada, ¿verdad?

MONCHA.—¿Y tú, embustero?

DOÑA SEGUNDA.—Vamos, niña...

MONCHA.—Por la tarde iremos a paseo...; pero no te acerques.

BARCALA.—Descuida, que hasta que vayas no me acerco. ¡Te quiero más, riquiña!

MONCHA.—¿Mucho?

BARCALA.—¡Mucho!

MONCHA.—¿Pero mucho?

BARCALA.—¡Mucho, *Mocha*, mucho!

MONCHA.—¡Quita de ahí, bobo!

DOÑA SEGUNDA.—Vamos, niña...

MONCHA.—Ya voy, mamá. *(Marcha.)*

BARCALA. Y mi tío, el señor cura de Fiz,
nos hará la pareja más feliz.

MONCHA.—¿Pronto?

BARCALA.—En cuanto yo sea abogado.

MONCHA.—¡Ay, Virgen! ¡Me voy a casar vieja!

BARCALA.—Muy joven, muy preciosísima y muy envidiada.

MONCHA.—Por el figurín que me llevo.

BARCALA.—Por el cariño que le tienen a esta fea.
MONCHA.—¡Muy fea!
BARCALA.—¡Muy fea!
DOÑA SEGUNDA.—¿Pero vamos, niña, o no vamos?
MONCHA.—Sí, mamá, sí.
(Corre y entra. Doña Segunda hace un saludo y entra también. Vuelve a salir Moncha por el otro lado del cortinón, y llama.)
MONCHA.—Casi..., Casi... *(Y le da una carta.)*
BARCALA.—*(Dándola otra carta.)* En paz.
MONCHA.—¿Por qué no me diste la tuya primero?
BARCALA.—Para ver si tú habías escrito.
DOÑA SEGUNDA.—*(Saliendo por el otro lado del cortinón.)* ¿Pero vamos, niña?
MONCHA.—Vamos, sí, vamos. *(Y, por el otro lado del cortinón, mutis las dos. Barcala aguarda un momento y en seguida entra también.)*

ESCENA VI

GERARDO *y* AUGUSTO.

AUGUSTO.—¿No te dan envidia?
GERARDO.—Una poca...
AUGUSTO.—Supongo que no tendrás queja de lo tuyo. En el Casino te despachaste a tu gusto. Tres valses con ella no te los quita ya nadie, y además el rigodón, que yo te cedí magnánimamente.
GERARDO.—Sí, estoy muy contento, sí.
AUGUSTO.—¿Habéis quedado en amores?
GERARDO.—No, no; aún no. En el primer vals no le dije nada ni se podía hablar fácilmente. Era un vals corrido...
AUGUSTO.—Bueno: vals perdido. ¡En el segundo!
GERARDO.—Tampoco le dije nada todavía...
AUGUSTO.—Pero en el rigodón, ¡sí hablarías!
GERARDO.—Llevaba ya pensado lo que le iba a decir: "¡Carmen, estoy loco por usted! ¡No vivo, no discurro, no sueño más que con la imagen adorada de usted!... Si alguien pudiera disponer la felicidad lejos y la desgracia al lado de usted, yo no vacilaría para escoger. ¡Todo: la suerte, la fortuna, la salud, los honores, todo lo del mundo, todo, no significa nada para mí ante el amor de usted, Carmen!"
AUGUSTO.—¡Pero eso es preciosísimo, Gerardiño!
GERARDO.—*(Algo desconfiado.)* ¿Tú crees?

AUGUSTO.—¡Precioso! No lo hay mejor en las novelas. Y ella, ¿qué te contestó?

GERARDO.—No pudo contestarme nada.

AUGUSTO.—De emoción, claro. ¡Si mismo era para desmayarse!

GERARDO.—No, no es eso. No pudo responderme porque al fin no la dije nada.

AUGUSTO.—¿Cómo que nada? ¿Y la preciosidad que acabas de contarme?

GERARDO.—La llevaba pensada...; pero al verme a su lado, lo olvidé todo y no supe ya pronunciar palabra.

AUGUSTO.—Comprendo el caso, lo comprendo; pero si continúas con esas timideces, impropias y torpes, para declararte, ¡vas a tener que nombrar un apoderado, filliño!

GERARDO.—¡Y yo qué le voy a hacer, si materialmente no podía despegar los labios! Por último..., y reconociendo lo desairado y lo poco galante de aquel silencio, para empezar le dije: "Señorita, baila usted maravillosamente."

AUGUSTO.—¡Deplorable!

GERARDO.—"Y yo he tenido mucho gusto en sacarla a usted..."

AUGUSTO.—De un cajón, sí. ¡Deplorable, Gerardo, deplorable! Pero así no acabarás nunca.

GERARDO.—A última hora, ya rabioso conmigo mismo, aproveché el momento de la vuelta de vals, después de la cadena del rigodón, para estrecharla en mis brazos con toda mi alma y decirle: "¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!"

AUGUSTO.—¡Caray! ¡Caray! ¡Caray! No sé cómo le habrá parecido a esa señorita, pero a mí ese final me parece muy claro.

GERARDO.—Una torpeza más. Se puso furiosa y me costó un trabajo ímprobo el que me perdonara.

AUGUSTO.—Muy incomodada..., pero siguió hablándote. Bueno. Visto para sentencia... ¡Y mi enhorabuena!

GERARDO—No. De ningún modo quiso acceder a quedar en relaciones conmigo.

AUGUSTO.—Si esperas a que una gallega te conteste categóricamente, ya tienes para rato. Moncha lleva amores con Barcala hace dos años, se escriben todos los días y se arrullan casi todas las noches...; pero aun no le ha dicho que sí. ¿Verdad, tú, Casimiro?

ESCENA VII

DICHOS, *y* BARCALA, *de la Catedral.*

BARCALA.—Si es como tú lo dices, verdad será.

GERARDO.—¿Moncha te dijo que sí al pedirla amores?

BARCALA.—Ni yo se lo pregunté, para no perder el tiempo. Aquí nadie contesta concretamente. Nadie. Mira... De la Puebla del Caramiñal se escapó una parejita de novios para América. Cuando volvieron, el padre de la muchacha, que no los perdonaba, le denunció por rapto. Defendíase el muchacho alegando que ella le acompañara por su voluntad, que volvían queriéndose como antes y para tener el gusto de casarse en su tierra y en su iglesia. Y el juez le preguntaba a ella si era cierto que marchó por su voluntad. "Será, sí, señor..." "Dígame fijamente si o no." "Bueno, entonces..." "¡Tampoco! Diga solamente que sí o que no..." "¿Y no lo saben...?" "Pero usted lo debe decir, que para eso le preguntan." Y entonces el muchacho, molesto ya por la remolonería de ella y por la insistencia del otro, se le encaró y le dijo: "Mire, señor juez, ésta y yo tenemos tres hijos... ¡¡Usted dirá si le parece que eso es prueba de voluntad de ella para mí!!"

GERARDO.—Yo creo que el Juzgado se convencería...

BARCALA.—Es de suponer... Pero si el juez era gallego también, aun puede que pidiera que se lo aclararan un poco más.

GERARDO.—Quizás. ¡Buenos sois cuando no os da la gana de entender!

BARCALA.—Regulares...

ESCENA VIII

DICHOS, *y* PANDURIÑO, *de la Catedral.*

PANDURIÑO.—*(De capa y con una caja-estuche.)* Gerardo...

BARCALA.—¡Mira quién! Panduriño, Panduriño.
¿Vienes del Sil o del Miño?

PANDURIÑO.—Vengo de casa. Estuve aguardando toda la noche para no molestar llamándote en el Casiño; pero ahora me dijo Madeira que venías aquí con éstos, y como ya pronto es mi hora de clínica, pues aquí me tienes entrando por una puerta y saliendo por otra hasta dar contigo para arrodillarme ante ti, besar tus manos y suplicarte que le digas a tu señor padre que beso humildemente las suyas de gratitud y de alegría.

GERARDO.—*(Impidiéndole la acción.)* No seas chiquillo...

PANDURIÑO.—De gratitud... y de... y de... ¿comprendes, Gerardo? De... de... Vamos, tú ya comprendes.

GERARDO.—Sí, hombre, sí. Bueno, qué... ¿Te ha gustado?

PANDURIÑO.—*(Riendo.)* ¡Qué bromista, qué bromista!... *(Enterneciéndose.)* ¡Qué bromista, Dios mío! Aún pregunta si me gustó un instrumental de cirugía todo en acero... y en... y en acero..., con no sé cuántas piezas..., completo, completísimo..., y que habrá costado... ¡yo no sé lo que habrá costado!... Miles de pesetas... Miles de duros... ¡Yo no sé!... Una fortuna... ¡Y que es una maravilla! ¡Una maravilla! Os lo voy a enseñar.

GERARDO.—*(Deteniéndole.)* Ya lo veremos en casa.

PANDURIÑO/.—Donde quieras. Cuando vi el paquete sobre la cama me figuré que sería un cariñito de la vieja, que siempre manda castañitas.... o nueces... o peros de conserva...; pero al ver tu tarjeta, abrir la caja y encontrarme..., ¡sí, sí, castañitas!, con esta magnificencia, de la que no soy digno, empezaron a bailar un vals los martillos, los cinceles, las sondas, los... las... Todos, todos... Y yo me quedé..., me quedé..., ¿comprendes, Gerardo? Yo me quedé...

GERARDO.—Sí, comprendo, sí.

PANDURIÑO.—Vamos, me quedé de una pieza.

GERARDO.—Una más... en el instrumental.

PANDURIÑO.—*(Riendo.)* Eso es..., eso es... Pero desluciéndolo, porque esto es una preciosidad. Os lo voy a enseñar.

GERARDO.—No, Panduriño, no.

PANDURIÑO.—Como quieras. Bien. Cuando pude reponerme un poco me tomé la libertad de entrar en tu cuarto, y allí le escribí a la vieja una carta muy larga dándole el notición. Anoche no estudié nada..., ¡claro, no podía!...; pero es muy gracioso, porque feché la carta en tu propia habitación: "Casa de la Troya, 2 de febrero, en el cuarto de Gerardo Roquer." Verás, te la voy a enseñar.

GEARDO.—Si no lo pongo en duda...

PANDURIÑO.—Es únicamente por el gusto de que veas eso.

GERARDO.—Bueno, dámela...

PANDURIÑO.—*(Entregándole la caja.)* Haz favor, Augusto... *(A Gerardo.)* Toma... *(A Augusto, recogiendo la caja.)* Gracias.

GERARDO.—*(Leyendo.)* Glándulas sinoviales. Lección 21...

PANDURIÑO.—¡Ay, perdona, perdona! ¡No sé dónde tengo la cabeza!

BARCALA.—Ahí.

PANDURIÑO.—Haz favor, Augusto... *(A Barcala, que se adelanta.)* No; que eres un alocado y la vas a dejar caer.

BARCALA.—¡Ni que fuera de mantequilla!

PANDURIÑO.—Pero se puede abollar el estuche, que es mag-

nífico. Yo no sé... De cedro..., puede que sea de cedro... o de palo santo...; puede que sea de palo santo...; yo no sé, pero es magnífico. Os lo voy a enseñar.

AUGUSTO.—Este no se va sin enseñarnos algo.

GERARDO.—No es ocasión ahora.

PANDURIÑO.—Como tú quieras.

GERARDO.—Y conste que si tienes una alegría al recibirlo, yo tengo otra, quizás tan grande como la tuya, al poderte dar esa muestra de mi afecto... y de mi admiración por ti.

PANDURIÑO.—¿De tu admiración? Búrlate; bueno, búrlate...; pero yo te garantizo que si hubieras estado anoche junto a mí en el momento de abrir el estuche..., o si estuvieras mañana al lado de la vieja en el momento de leerle mi carta el señor cura, no te burlarías, no. ¡Y es lástima que no estés, Gerardo, porque el corazón se echa pocas veces a la calle para que lo vean los demás!

GERARDO.—Eres admirable, Panduriño. Y no lo sospechas siquiera. Más admirable todavía. Anda a tus clases, anda.

PANDURIÑO.—Voy, sí. Oye una cosa, tú. ¿No te parece mal que lleve a clase el estuche? Es por no separarme tan pronto, ¿sabes?

GERARDO.—Haz lo que te dé la gana.

PANDURIÑO.—Pues otra vez muchas gracias, Gerardo. Y que Dios te lo pague. Dios, ¿eh? Yo no sé de nadie más que pueda corresponder en la cabal medida a un favor así...

GERARDO.—Anda, vete...

PANDURIÑO.—Dios, ¿eh?... Dios, nada más que Dios. *(Mutis Panduriño por foro.)*

ESCENA X

DICHOS, *menos* PANDURIÑO.

GERARDO.—Si algo hice por este hombre, ya voy pagado con creces.

AUGUSTO.—Atención, tú. El encantiño. Y a ver si aprovechas.

GERARDO.—¡Ahora, imposible! Vendrá con el padre...

BARCALA.—Eso te lo arreglamos nosotros. ¿Para qué estoy yo en el mundo sino para arreglar todo lo que no sea mío?

GERARDO.—No podrás.

AUGUSTO.—Calla; a saludar muy finos...

ESCENA XI

DICHOS, DON LAUREANO *y* CARMIÑA.

BARCALA.—Don Laureano...

GERARDO.—Señor de Castro...

LAUREANO.—Hola, pollería... Ya sé que en el Casino se divirtieron ustedes honestamente.

BARCALA.—No hubo más remedio que extremar la corrección...

GERARDO.—¿A misa, señor de Castro?

LAUREANO.—¿Y ustedes también?

GERARDO.—Sí, señor.

AUGUSTO.—Aun no han tocado el último. ¡Si usted supiera lo que celebro encontrarle, don Laureano!

LAUREANO.—Gracias, señor de Armero. Yo lo mismo... Pero aclare la razón especial de hoy, si le place.

AUGUSTO.—Que este ganso de Barcala...

BARCALA.—Servidor de usted...

AUGUSTO.—Me porfía una cosa en que tengo más razón que los santos; pero como es tan terco, no se da a partido jamás.

BARCALA.—*(Indignadísimo, aunque no sabe por qué todavía.)* ¡Porque la razón es mía!

AUGUSTO.—¡Mía!

BARCALA.—*(Metiéndole los puños en la cara.)* ¡Mía, acebuche!

AUGUSTO.—¡Mía, ganso!

LAUREANO.—No se alteren de ese modo, señores, no se alteren.

AUGUSTO.—¡Es que hace falta una paciencia para discutir con éste! Pero acábese la pelea. Yo someto la cuestión a don Laureano.

BARCALA.—Yo también. Reconozco su autoridad y su competencia.

LAUREANO.—Estimo la cortesía, la estimo, y acepto en lo que mi pobre experiencia les sirva. Veamos el punto en litigio.

AUGUSTO.—Dice éste que en Montejurra estuvo el general Córdoba.

BARCALA.—*(Indignándose súbitamente.)* Eso digo. ¡Córdoba! ¡Córdoba! ¡Córdoba! Y este cafre dice que... que...

AUGUSTO.—*(Rápido y comprendiendo que Barcala no tiene idea ni remota de lo que se habla.)* Que fué Moriones.

BARCALA.—¿Moriones? ¡Te daba así de Moriones, hombre!

LAUREANO.—Apacígüense, apacígüense... Los dos tienen razón.

AUGUSTO.—*(Cogiendo de un brazo a don Laureano.)* ¿Los dos? ¡Imposible!

LAUREANO.—Es que hubo diversas batallas de ese nombre y ocurridas en ese mismo sitio. La del 35, la del 73 y la del 76.

BARCALA.—*(Cogiendo del otro brazo a don Laureano y llevándoselo así entre ambos.)* Yo creía que no era más que una.

LAUREANO.—Error de usted, amigo Barcala, error. Entra en la Catedral, Carmiña, que ahora voy yo. En aquellos montes famosos y gloriosos para la causa se celebraron varios encuentros... *(Sigue hablando y marchando; los otros le acosan demostrando un vivísimo interés. Mutis los tres por foro.)*

ESCENA XII

CARMIÑA, GERARDO *y* LA GALANA.

GERARDO.—*(Siguiéndola; a media voz.)* Carmiña... Carmiña... Carmen...

CARMIÑA.—*(Siguiendo su camino.)* Dispense usted, Gerardo...

GERARDO.—¡Una palabra, Carmiña!

CARMIÑA.—Ahora no puede ser... *(Queriendo levantar el cortinón; pero La Galana lo tiene sujeto como sin darse cuenta, en tanto que se dirige a los señores que marchan.)*

LA GALANA.—Una limosna, por las ánimas benditas del Purgatorio...

GERARDO.—¡Carmen, por caridad!

CARMIÑA.—No insista usted más. Se lo suplico. *(Y como mira a Gerardo para responderle, aún sigue intentando levantar el cortinón, creyendo que es torpeza y no una causa ajena la que lo impide.)*

GERARDO.—Pero óigame un minuto, aunque sea para rechazarme...

CARMIÑA.—*(Soltando el cortinón.)* Pues ya lo sabe y ya se lo he dicho. No puede ser, Gerardo, no puede ser.

GERARDO.—¿Por qué? ¿Por qué no puede ser un amor leal entre dos personas honradas?

CARMIÑA.—*(Avanzando un paso hacia él.)* Mire, Gerardo, yo no me ligo de amor con un estudiante.

GERARDO.—*(Retrocediendo unos pasos, incomodado.)* ¡Eso es un pretexto!

CARMIÑA.—*(Avanzando a él.)* No, una grandísima razón.

LA GALANA.—*(Mirándoles y sonriéndoles.)* Ya le pagué al señoritiño la peseta del puente Pedriña... *(Y se sienta medio oculta.)*

GERARDO.—Si usted lo dice, será razón, sí.

CARMIÑA.—Yo lo digo y usted se va a convencer.

GERARDO.—Lo dudo.

CARMIÑA.—¿Estudiante? Ave de paso, que picotea aquí y allá y de pronto levanta el vuelo y desaparece. Y para nosotras, ¿cuál es la suerte? Seguir la carrera con el novio, encariñarse con él y padecer juntos las angustias de los exámenes y de las oposiciones, hartándonos de oír misas y de rezar novenas para que Dios le favorezca... ¿Y después? ¡Ay!, después, en cuanto logran una oposición, nos escriben desde lejos diciéndonos: "¡¡Ahí te quedas, parvuliña!! Serás un buen recuerdo de la vida de estudiante; pero ahora ya necesito pensar en algo más formal..." ¡No, no! Sólo de imaginarme que tal cosa me pueda suceder a mí, como a otras muchas..., ¡me dan unas ganas locas de ir a la Universidad y prenderla fuego por los cuatro costados!

GERARDO.—Eso no es una razón; es una injusticia, porque no tiene usted motivo, ni grande ni pequeño, para esas desconfianzas.

CARMIÑA.—¿Ni grande ni pequeño?

GERARDO.—Así como suena.

CARMIÑA.—Ay, hombre, usted como tranquilo es bien tranquilo. ¿Y aquello de Madrid?

GERARDO.—En primer lugar, aquéllo fué antes de conocerla a usted, y en segundo lugar, aquello está, no digo olvidado..., ¡muerto y en sepultura!

CARMIÑA.—Bueno. Admitamos que murió lo de Madrid. ¿Y lo de Santiago? ¿Las cenas?

GERARDO.—¿Y eso...? ¿Quería que no cenara?

CARMIÑA.—Ya me comprende de sobra. ¿Y los alborotos callejeros?

GERARDO.—Gana de bulla y de un poco de ruido.

CARMIÑA.—¿Y las timbas en la posada?

GERARDO.—A perrito. Por ahí no viene la ruina.

CARMIÑA.—¿Y lo otro? ¿Las modistillas de la rúa de San Pedro?

GERARDO.—¡Eso es una calumnia!

CARMIÑA.—¡Pobriño! ¡Cómo lo calumnian!

GERARDO.—Pobriño, no; pero mentira lo que cuenten de mí con ninguna, sí, mentira.

CARMIÑA.—Es un santo, ¿verdad?

GERARDO.—Un enamorado.

CARMIÑA.—O un voluntarioso, que se propuso el reirse de una provinciana.

GERARDO.—¿Qué es preciso hacer para convencerla? ¿Quiere

que me mate? Pues dígalo y me tiro de cabeza desde la torre del reloj.

CARMIÑA.—No desatine.

GERARDO.—¿Quiere que tome veneno? ¿Quiere que estudie? Ya ve que no propongo más que soluciones trágicas...

CARMIÑA.—Pero esa no está mal. Estudie, que le dará una alegría a su padre.

GERARDO.—¿Y a usted no?

CARMIÑA.—Estudie... Y cuando el día de mañana sea usted un hombre de provecho recuerde que una coitadiña señorita de pueblo fué su buena amiga y le dió buenos consejos.

GERARDO.—¿Nada más?

CARMIÑA.—No son para despreciar...

GERARDO.—*(Insinuante.)* ¿Nada más?

CARMIÑA.—Déjeme ya, Gerardo.

GERARDO.—¿Nada más, Carmiña? ¿Por qué es usted cruel? ¿Por qué no me dice usted, al lado de las palabras de los buenos consejos, alguna palabra también de afecto, de cariño, de esperanza siquiera? ¿Por qué, Carmiña?

CARMIÑA.—Porque no creo en usted...

GERARDO.—*(Dolido.)* ¡Carmen!

CARMIÑA.—Entendámonos, para que no se enfurruñe usted... Creo en la inclinación, en el aprecio..., sí..., quizás sí...; ¡pero en la constancia, no; en la firmeza, no! Y como yo estoy resuelta a no querer más que una vez en la vida, no pongo mis amores en tierra que no sé aún si es muy firme, para no verme obligada mañana a desesperarme por mi candidez... ¡y a salir rabiosa y burlada para prenderle fuego a la Universidad por los cuatro costados!

GERARDO.—Pues yo tendré esa constancia.

CARMIÑA.—Hasta que nos conozcamos bien el uno y el otro, vale más que seamos buenos amigos, que no haya un lazo formal... y doloroso que nos cohiba... y que nos riamos juntos un poco de los que hablan de amores y de la eternidad del amor desde el primer día que se ven, cuando ellos mismos no saben si el afán que los atrae es una simpatía solamente.

GERARDO.—Me parece muy razonable. Riámonos un poco...

CARMIÑA.—*(Dándole la mano, confiada.)* ¿Quiere usted así?

GERARDO.—Quiero. Mas oiga una confesión: antes con la cara grave y ahora riéndome, porque usted lo prefiere, yo le juro a usted que la querré siempre.

CARMIÑA.—*(Riendo.)* No es eso lo prometido.

GERARDO.—Se lo juro a usted, Carmen, por la santa memoria de mi madre.

CARMIÑA.—*(Desprendiéndose bruscamente y espantada.)* ¡No! Ese juro no se lo admito. Es demasiado grande..., y yo no

puedo consentir que por un capricho, ni aun por una pasión, quede en prenda y mal quedada la memoria sacrosanta de una madre. ¡No, eso no, Gerardo!

GERARDO.—Entonces por mi palabra leal únicamente. ¿Me quiere usted?

CARMIÑA.—Estudie... Marche a su hora, que ya junio viene pronto, y para el año, cuando vuelva, si no cambió usted el pensamiento... o no se lo prendieron otra vez por aquellos Madriles...

GERARDO.—Nada habrá que lo impida. ¿Quedamos apalabrados para entonces?

CARMIÑA.—Ya veremos lo que se le dice si de aquélla insiste...

GERARDO.—¿Usted se alegrará de que yo vuelva?

CARMIÑA.—¿Y por qué lo voy a sentir? Daño no me hizo nunca...

GERARDO.—Conteste claramente. ¡No sea gallega!

CARMIÑA.—¿Y qué voy a ser? ¿China?

GERARDO.—Conteste a eso nada más. ¡Se lo suplico!

CARMIÑA.—Vamos a ver si se...

GERARDO.—¿Usted se alegrará de que yo vuelva?

CARMIÑA.—Alegraré, sí... *(Marcha.)*

GERARDO.—*(Deteniéndola.)* ¿Me da usted promesa de aguardarme?

CARMIÑA.—Doy.

GERARDO.—¿Me da esa flor?

CARMIÑA.—Doy.

GERARDO.—¡Me da la vida, Carmen!

CARMIÑA.—Doy.

GERARDO.—¡Carmen!

CARMIÑA.—Adiós, Gerardo. *(Marcha sin prisa y entra en la Catedral, levantando La Galana el cortinón.)*

ESCENA XIII

GERARDO, LA GALANA *y* EUDVIGIO.

LA GALANA.—¿Acerté o no, señorito don Roquer?

EUDVIGIO.—¿Fué predicción tuya?

LA GALANA.—Sí, señor. Hace ya tiempo que La Galana vió en el aire a los ángeles, que traían una corona blanca para esta novia. ¿Lo ve cómo la traían? ¿Lo ve?

GERARDO.—Parece que sí...

EUDVIGIO.—Yo no veo nada de la tierra, que mi madrastra, la Naturaleza, me robó la luz de los ojos; pero lo del cielo

también lo sé comprender, y jamás engaña. Delo ya por seguro, noble caballero.

La Galana.—Y llévase un capullo que promete bien ser linda rosa.

Eudvigio.—Serálo si Dios quiere, y el amor se gozará de ello. Mis ojos nunca vieron hermosura de moza ni saben cómo es el color de la carne sonrosada; pero mi ánima aun se estremece si llegan a mis oídos esas palabras misteriosas... Por este dolor de no ver dejen una limosna al dolorido, y que Dios les guíe en el camino de los fieles y constantes amadores...

La Galana.—Amén.

Eudvigio.—Que la Trinidad les acompañe.

La Galana.—Amén.

Eudvigio.—Y que el Santo Apóstol siempre sea el abogado de sus buenas causas.

La Galana.—Amén, señor Eudvigio.

Eudvigio.—Amén, señora Galana.

Gerardo.—Sí, hombre, sí, tome... Y toma tú, que fuiste buena agorera. Síguelo siendo. *(Entra en la Catedral.)*

La Galana.—¡¡Un duro!! *¡¡Jasús!! (Se persigna.)*

Eudvigio.—Y lo mío no es cobre pordiosero...

La Galana.—No, plata. ¡Una peseta!

Eudvigio.—Por agradecido me tenga el noble caballero, y cada cuarto le sea un año de más en la buena vida que disfrute.

La Galana.—Mucha gente generosa anda por el mundo. Lo que pasa es que a los hombres hay que cogerlos en un momento bueno.

Eudvigio.—Y a las mujeres en uno malo. Sabido es el refrán, Galana.

La Galana.—Calle, don Sarna, calle...

Eudvigio.—¿Dije falsedad, Galana?

La Galana.—Raposo habías de ser en tu envoltura y nadie te notaría la mudanza con lo de hoy...

Eudvigio.—Lería, lería... *(ganas de hablar)*.

ESCENA XIV

Dichos, *sentándose.* Don Laureano, Barcala *y* Augusto.

Barcala.—Es usted muy amable, don Laureano...

Laureano.—Lo que me congratulo es de haberles servido.

Barcala.—¡Admirablemente! ¡Esto nos interesaba de un modo enorme!

Augusto.—Enorme.

BARCALA.—*(Haciéndose señas a espaldas de don Laureano.)* ¡Enormísimo!

LAUREANO.—Lo celebro, lo celebro. Y ahora, con su permiso, voy a entrar a misa...

AUGUSTO.—Y dispénsenos...

LAUREANO.—No hay de qué... *(Marcha, y los otros se ríen del pobre viejo, a quien se la jugaron de puño.)* ¡Ah!, y muchas gracias, pollos, muchísimas gracias.

BARCALA.—¿A nosotros?

LAUREANO.—A ustedes, sí, por haberme facilitado la ocasión de que Carmiña hablara con el señor Roquer.

BARCALA.—¿Eh?

AUGUSTO.—¿Eh?

LAUREANO.—Ella me pidió permiso, y yo se lo concedí, para cuando hubiera una oportunidad, que por ustedes fué ahora. Gracias, pollos, muchísimas gracias... *(Entra en la Catedral.)*

AUGUSTO.—Al rape. ¡Nos lo ha tomado al rape!

BARCALA. Con esmero y suavidad
nos lo tomó de verdad.

AUGUSTO.—Así no tenía prisa el muy ladino para contarnos minuciosamente las batallas del 73 y del 93 y del 3393..

LA GALANA.—El diablo sabe por viejo más que por diablo.

EUDVIGIO.—También por diablo sabe bastante...

BARCALA.—En un mes no digo palabra. Me voy a preparar para la procesión d'os caladiños *(de los callados)*.

AUGUSTO.—Y yo. Anda, ¿ya salen? *(Extrañado.)*

ESCENA XV

DICHOS. DON LAUREANO *y* CARMIÑA.

CARMIÑA.—¡Venga, papá, venga!

LAUREANO.—Pero, hija, ¿por qué no me dejas oír la misa?

CARMIÑA.—Porque estoy sin devoción y no le aprovecharía a mi alma.

LAUREANO.—Bueno, entonces..., ¿qué te pasa, muchacha, qué te pasa?

CARMIÑA.—¡Que me quiere de veras!

LAUREANO.—*(Sonriendo, como de noticia vieja.)* ¿Gerardo?

CARMIÑA.—¡Sí, Gerardo!

LAUREANO.—Eso ya me lo has dicho muchas veces.

CARMIÑA.—Como no tengo madre, te lo digo a ti... ¿Te molesta, padre?

LAUREANO.—(*Abrazándola.*) ¡No, boba, no! Y demasiado comprendo que es natural el hablar mucho de lo que constituye un gran recuerdo o una gran esperanza. Te lo disculpo, hija...; y por eso mismo debes tú disculparme a mí cuando te cuente alguna vez más de las necesarias lo de Montejurra... ¡Mi gran recuerdo!

CARMIÑA.—¡Una acción admirable!

LAUREANO.—Bueno, bueno... Hablemos de ese mozo. ¿Qué te dijo? Vamos a ver, ¿qué te dijo?

CARMIÑA.—Que me quiere, que...

ESCENA XVI

DICHOS *y* GERARDO.

(GERARDO, *que dió tiempo para que se alejaran, sale precipitado para no perderles de vista e irla siguiendo, pero al encontrárselos, quiere disimular y retrocede hacia la Catedral.*)

LAUREANO.—Señor Roquer... Señor Roquer... ¿Nos tiene usted miedo?

GERARDO.—No, señor, no. Al contrario... Pero volvía porque se me olvidó una cosa...

LAUREANO.—¿En la Catedral?

GERARDO.—Sí, señor.

LAUREANO.—¿Y qué fué, si no es indiscreto?

GERARDO.—Pues... se me... olvidó el oír la misa.

LAUREANO.—Tiene usted razón para volver, sí...; pero venga acá, venga. Yo quiero lo que Carmiña quiera.

CARMIÑA.—¡Papá!...

GERARDO.—¡Don Laureano!

LAUREANO.—Y si la intención de usted es honrada..., ¿por qué no ha de ser franco? ¿Qué necesidad tenemos de que me engañen esos rapaces para que hablen ustedes un ratito?

BARCALA.—¡Tiran con piedra, tú!...

AUGUSTO.—Ya noto el chichón, ya...

LAUREANO.—Conformes, ¿eh?

GERARDO.—¡Gracias, don Laureano, gracias!...

CARMIÑA.—¡¡Papá!!

EUDVIGIO.—¡Lo que sabe el abuelo!...

LA GALANA.—Y, ¡claro! Esto de los hombres mozos y de las rapazas tempraneras lo saben muy bien los viejos de cuando fueron jóvenes. Yo también lo sé, del tiempo en que me llamaban con razón "La Galana".

LAUREANO.—Acompáñenos un poquito, si gusta, señor Roquer...

GERARDO.—¡Ya lo creo! ¿Usted lo permite, Carmiña?

CARMIÑA.—*(Dándole las dos manos.)* ¿Permitirlo?

LAUREANO.—*(Viéndolos embobados, sonríe y se aparta.)* Pollos..., pollos... Hay un detalle interesantísimo en la acción del 73...

BARCALA.—¡No, no! ¡Otra tomadura pelo arriba, no!

AUGUSTO.—Ya vamos bien servidos con la anterior.

LAUREANO.—Entonces, francamente... ¿Hablamos nosotros para dejarlos hablar a ellos?

BARCALA.—Eso sí.

AUGUSTO.—*(Muy serio.)* ¿Qué detalle es?

LAUREANO.—Pues, verán... *(Hablan saliendo. Llevándoselos del brazo.)*

GERARDO.—Esto es quererme, ¿verdad?

CARMIÑA.—Hombre, Gerardo, parecido sí es...

(Van saliendo lentamente en grupos, Laureano explicando muy serio y ellos escuchándole muy atentos, y Carmiña y Gerardo entusiasmados uno en otro.)

EUDVIGIO.—¿Vanse...?

LA GALANA.—Van, sí, señor.

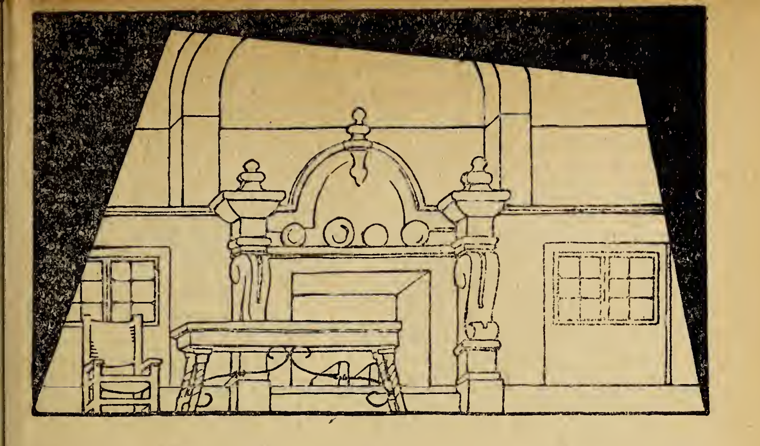
EUDVIGIO.—Que el Apóstol les acompañe... y que en ellos sus ojos de enamorados no se cansen nunca de ver lo que mis ojos de ciego nunca vieron...

LA GALANA.—Amén, señor Eudvigio.

EUDVIGIO.—Amén, señora Galana...

TELON





CAPITULO CUARTO

Una sala-despacho en el Pazo del Faramello, con muebles españoles antiguos, cuadros religiosos, retratos de familia y uno de don Carlos, con su clásica boina, en un caballo alazán, cuatralbo, careto. Una chimenea de piedra labrada, con grandes y artísticos morillos. Panoplias, centradas, con una boina. Vargueños, velones de bronce y cacharros de Sagardelos. Por las ventanas, más bien anchas que altas, se divisa la huerta con sus castaños y nogales. Es de día, en Junio.

ESCENA PRIMERA

CARMIÑA, *de luto, pero con flores que ya lo suavizan, llora silenciosamente en un butacón. Pausa.* MONCHA, *por izquierda.*

MONCHA.—*(Trayendo una bandeja con tazas y dejándola sobre la mesa.)* ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Has tenido algún disgusto con tu marido?

CARMIÑA.—¡No, no!

MONCHA.—Y entonces ¿por qué lloras?

CARMIÑA.—Es la primera vez que entro en el despacho del pobre papá, después de la desgracia, y, sin poderlo remediar, a un tiempo han venido sobre mí los recuerdos y las lágrimas.

MONCHA.—¿Y para qué escogéis esta habitación sobrando tantas en el Faramello?

CARMIÑA.—Me lo pidió Gerardo..., con el buen deseo de quitarme este miedo supersticioso que le he tomado al Pazo, como si las casas tuvieran la culpa de que se murieran las personas.

MONCHA.—Tú misma lo dices...

CARMIÑA.—Lo reconozco... Era pueril, pero no lo podía vencer. Veníamos en visita piadosa, como a un santuario, y en peregrinación, y aunque más de una vez formamos el propósito de quedarnos y vivirlo..., al llegar la noche era tal la angustia y el temor, que me colgaba del cuello de Gerardo diciéndole: "¡Vámonos!... ¡Vámonos!... ¡Vámonos!...", y nos íbamos.

MONCHA.—Así no lo dominarás nunca.

CARMIÑA.—Por eso dispuso resueltamente que la comida y la fiesta se celebrara en el Pazo y que el café lo sirviéramos aquí, aquí mismo, contando desde luego con que la animación de todos y el deber mío de atenderles contribuiría por fuerza a distraerme y a que olvidara.

MONCHA.—Pues hizo muy bien, que era un crimen tener deshabitado esto. *(Cogiéndola.)* Hale, a cumplir tu deber.

CARMIÑA.—*(Levantándose.)* Muy gustosa, sí... Nunca mejor predispuesta que ahora, cuando todo en mí y alrededor mío empieza también. Para el Pazo es una nueva era; yo estoy empezando mi vida de casada; el pequerrecho, el Laureanín, empieza ahora su vida de angelote; y los grandullones, los que allá, de sobremesa, cantan y alborotan celebrando sus títulos nuevecitos de abogados y de médicos, ésos, que en esta misma semana concluyeron su vida de estudiantes, empiezan ahora su vida de hombres, la que aportará triunfos para unos, desengaños para otros y para todos preocupaciones y responsabilidades.

MONCHA.—Algunos, como tu marido, llegarán seguramente. Otros, como el Barcala ese, por ejemplo, no llegarán a nada.

CARMIÑA.—¿Quién sabe? Por de pronto, ya es un señor abogado.

MONCHA.—Por recomendaciones, por intrigas... y por cansancio de los profesores. Ese es de los que son aprobados, no para aprobarlos, sino para echarlos.

CARMIÑA.—Pues tú bien enamorada estás de Barcala.

MONCHA.—¿Yo?... A menos tendría yo el mirarle siquiera.

CARMIÑA.—Ya me fijé en lo displicente que has estado durante la comida... ¡Pero habéis sido novios treinta veces!

MONCHA.—Te diré, Carmiña, te diré... Novios, sí; pero un noviazgo muy soso y sin vernos casi nunca... Vamos, fuimos novios de tercera...

CARMIÑA.—De lo que tú digas. Y volveréis a las andadas...

MONCHA.—Él, quizás. ¿Yo?... ¿Casarme yo con ése? A menos lo tendría.
CARMIÑA.—¿De veras?
MONCHA.—De verísimas. No sabes tú lo que soy yo cuando digo que no.
CARMIÑA.—Pero él sabe lo que eres cuando dices que sí.
MONCHA.—¡Qué ha de saber!
CARMIÑA.—Motivo de más para que insista... ¡Pero cuidado, Moncha! Escarmienta en mí...
MONCHA.—Lo tuyo fueron malas artes de la Maragotas madre, que deseaba casarte con el Maragotas hijo.
CARMIÑA.—Eso es, sí; pero el caso fué que yo dí crédito a chismes y a insinuaciones malignas, y anduvimos, Gerardo y yo, peleados cerca de un año... ¡y por poco me juego mi felicidad y su cariño!
MONCHA.—Lo mío es totalmente distinto de lo tuyo. No es que quieran casarme con otro: es que nadie quiere casarse conmigo. Va diferencia, va...
CARMIÑA.—De lo que deseo prevenirte es de tus propios arranques; y si Barcala te habla muy en serio, que no aventures lo que tal vez pueda ser tu suerte por un mal humor o por una genialidad. Piénsalo, Moncha, piénsalo.
MONCHA.—Lo pensaré. ¡¡Tiempo ya me deja ese ladrón!!
CARMIÑA.—*(Advirtiéndola.)* Barcala...
MONCHA.—Sí, Barcala, ese...
CARMIÑA.—¡Que está ahí Barcala!
MONCHA.—¡Ah!...

ESCENA II

DICHOS. BARCALA, *por derecha.*

BARCALA.—El mismo. ¿Estorbo?
CARMIÑA.—Nunca.
BARCALA.—Vengo escapando de aquella atmósfera. ¡Se corta! Y vengo también a pedirle a usted un favor...
CARMIÑA.—Concedido.
BARCALA.—Que con su autoridad de señora de la casa ordene usted a sus invitados que no vuelvan la espalda.
MONCHA.—*(De espaldas.)* Es para no ver visiones.
BARCALA.—¿Se refiere usted a mí, señorita?
MONCHA.—A usted, sí, señor.
BARCALA.—Pues disipe usted esa preocupación equivocada. He mejorado mucho desde la última vez que tuvo usted la bondad de mirarme.
MONCHA.—Lo dudo muchísimo.

CARMIÑA.—Mujer, felicítale por su título de abogado.

MONCHA.—Para lo que le va a servir...

BARCALA.—Quizás no me sirva para nada, porque ignoro, claro está, la suerte que Dios me reserva...; pero lo que puedo decirle a usted es que hace cuatro días que soy abogado y ya tengo un pleito.

CARMIÑA.—¿Ya?

MONCHA.—*(Mirándole intrigada.)* ¿Ya?

BARCALA.—*(Modesto.)* Ya... El sastre, que me reclama una factura...

MONCHA.—*(Echándose a reír a pesar suyo.)* Cuando yo decía...

CARMIÑA.—*(Riéndose indulgente... y marchándose, más indulgente aún.)* Manuela... Manuela... Anda, trae el café... *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA III

MONCHA *y* BARCALA.

BARCALA.—*(Deteniendo a Moncha, que intenta marchar.)* Moncha... Monchiña...

MONCHA.—No quiero conversación con usted...

BARCALA.—Ni yo tampoco. Es un encargo que me dieron para usted y del que no me pude zafar.

MONCHA.—*(Deteniéndose curiosa.)* ¿Un encargo? ¿De quién?

BARCALA.—Verás qué encarguiño más precioso...

MONCHA.—*(Marchando.)* ¡Que no quiero!

BARCALA.—*(Deteniéndola.)* ¿Y qué es lo que no quieres, si aún no te propuse nada? Pero te lo voy a proponer...

MONCHA.—No...

BARCALA.—Escucha, Moncha, escucha. Con ese título flamante, que aún no me valió de nada, pero que me valdrá en seguida para unas oposiciones; con unas tierras, unas leiras, que dan sus buenas patacas y su buen maíz; con una casita pequeña allá, en Tuy, y un corazón muy grande aquí, en el pecho, para querer abondo *(mucho)* a una Monchiña rabiosiña..., ¿escribo a mi tío el cura de San Fiz de Abeleiras, rogándole que venga a pedirte?

MONCHA.—*(Rendida.)* ¿No me engañas, Casimiriño?

BARCALA.—¡Non, vidiña. non!

MONCHA.—¡Mira que si engañas te corto los bigotes nuevos!

BARCALA.—¡Ay, eso no, bonita, que me favorecen mucho! ¿Verdad?

MONCHA.—Quita de ahí, bobo...

BARCALA.—Conque..., ¿escribo o no escribo?

MONCHA.—Lo que tú quieras...; pero certifica la carta.

BARCALA.—Muy riquiña eres...

MONCHA.—Y tú muy trapalón.

BARCALA.—Eso ya terminó. Bueno, qué, ¿te parece bien la boda para noviembre?

MONCHA.—Muy bien para septiembre, sí. Cuando tú digas.

BARCALA.—Cuando yo diga, sí, pero ya me comiste dos meses del primer bocado.

MONCHA.—¡Y te habían de comer a ti!

BARCALA.—¿Te apetezco, eh? Pues lo mismo digo, señorita.

MONCHA.—Y aún puse tiempo de más..., que contigo no tendré reposo hasta que te vea en la iglesia, delante del altar, con el cura, los padrinos, los testigos... y más una pareja de la Guardia civil, por si acaso todavía...

BARCALA.—Non teñas medo, nena. Ya estamos en Don Formales y hay que marchar seriecitos.

MONCHA.—Ojalá.

BARCALA.—Dalo por hecho. *(Abrazándola.)* ¡Te quiero más, riquitina!...

MONCHA.—¿De verdad quieres, Casimiriño?...

ESCENA IV

DICHOS. CARMIÑA, *por izquierda.*

CARMIÑA.—*(Sonriendo.)* Bien, bien...

MONCHA.—No, no creas que...

CARMIÑA.—¡Qué voy a creer! Nada..

BARCALA.—¿Nos apadrina, Carmiña?

CARMIÑA.—¿Para cuándo?

BARCALA.—Para noviembre.

MONCHA.—Para septiembre. ¡No empieces ya a faltar a tu palabra, Casimiro!

BARCALA.—Sí, ahora recuerdo que esa fué mi palabra. Para cuando ella disponga.

Que prevalga su opinión.
Para mí todo es ya igual...
¡¡Que esta águila caudal
cayó como un gorrión!!

CARMIÑA.—Pues en ello quedamos y mañana se puntualizará todo. Ahora tú, Moncha, ayuda a servir el café, y usted, gorrión, hágame el obsequio de avisar a esos señores.

BARCALA.—Voy volando. Creo que es el modo que corresponde a mi nueva naturaleza. *(Mutis por foro y Moncha por derecha.)*

ESCENA V

CARMIÑA, *que dispone las tazas echándoles ya el azúcar en polvo moreno.* GERARDO *por izquierda.*

GERARDO.—¿Miña?

CARMIÑA.—*(Siguiendo su faena.)* ¿Qué, Gerardiño?

GERARDO.—¿Podemos venir?

CARMIÑA.—Cuando queráis.

GERARDO.—¿Te damos mucho trajín?

CARMIÑA.—Poquísimo.

GERARDO.—Temí que te marearan con las voces y las risotadas. Al principio aún estuvieron comedidos por tu presencia y la de Moncha; pero en cuanto llegaron los brindis, se desataron las lenguas y el champagne corrió un poco, se les desbordó la juventud y la alegría.

CARMIÑA.—Es lo natural. Y yo contentísima al veros alegres.

GERARDO.—¿Te han dicho que en el portón hay lo menos cuarenta pobres? ¡Una romería!

CARMIÑA.—No lo han dicho, pero lo sé. Que los pobres conocen ya de antiguo el camino del Pazo, y noticiosos de que revive, segura estaba yo de que acudirían.

GERARDO.—Habrá que darles algo, ¿eh?

CARMIÑA.—Ya está eso dispuesto, ya. Los potes de caldo gallego que pusimos en la cocina de la otra casa, en la del casero..., ¡espantaban, Gerardo, espantaban! ¡Ocho... y enormes!

GERARDO.—Pues sobrará.

CARMIÑA.—Claro que sobrará... Pero si faltara para uno..., para uno tan siquiera..., dirían de fijo que éste ya no era el Faramello.

GERARDO.—Eres su Providencia.

CARMIÑA.—Baja, baja. No soy más que una mujer con un poquito de caridad, muy poquito... y, en cambio, con mucho egoísmo, ya que esto me permite decir: mi felicidad, la inmensa felicidad que disfruto, no la robo del todo, puesto que algo de ella lo reparto...

GERARDO.—No te disculpes por hacer el bien.

CARMIÑA.—Más quisiera poder...

GERARDO.—Te veo complacida, muy animosa y muy resuelta.

CARMIÑA.—¿Temías que no?

GERARDO.—¡La verdad..., lo temía! Temblaba por el primer momento de tu entrada en esta habitación, figurándome que

no tuvieras serenidad bastante para sobreponerte a los recuerdos tan vivos que, por fuerza, se despertarían en ti.

CARMIÑA.—Te voy a decir una cosa... ¿Peo no te reirás?

GERARDO.—No, mujer.

CARMIÑA.—¿De veras me prometes no reírte?

GERARDO.—Basta que sea un sentimiento tuyo para que lo respete.

CARMIÑA.—*(Apoyándose en Gerardo, medio abrazándole y confidencial.)* Pues mira... Al entrar, sí, me desconsolé y me recriminaba a mí misma por hallarnos de fiesta en el lugar donde tanto sufrimos y en donde ya no está aquel hombre tan bueno y aquel padre tan cariñoso... Fué un momento de pena grandísima...; pero también fué luego un momento de placidez y de reconciliación definitiva con el pasado, ya inevitable. Desde que entré no podía apartar la mirada del retrato del pobre papá... Y de pronto... ¡No te rías, Gerardo, no te rías!...

GERARDO.—No, Carmen, no.

CARMIÑA.—De pronto me pareció que se animaba, que sonreía, y con aquella bondad de siempre me dijo: "Vuelves por fin a verme, ¿eh, pícara? ¿Cómo has dejado dos años sin venir, más que pícara? ¿Pero tú no comprendías que yo te aguardaba, que te aguardaba la casa, que te aguardaban los prados y los árboles, ansiosos de tu presencia y de tus cuidados? No comprendías que el venir y atendernos era una prueba de cariño? ¡Que nunca fué señal de amor para los muertos ni para los que viven el desatender y arrinconar lo que ellos cuidaron y han querido! ¿Cómo no lo comprendías, pícara, más que pícara?..." *(Y al terminar de decir esto dulcemente se echa a llorar desconsolada.)*

GERARDO.—*(Severo.)* ¡No llores, Carmen!

CARMIÑA.—*(Sonriendo.)* Tendrías razón para reprenderme si fuera de amargura; pero no, es de tranquilidad, de sosiego y hasta de satisfacción... Es como si ahora hubiera sabido que en ese viaje tan temeroso llegó por fin el pobre a puerto de refugio y a lugar de descanso y de recompensa... ¡Ya ves si es satisfacción!

GERARDO.—¿Te das cuenta de que esas palabras te marcan un camino?

CARMIÑA.—Y lo seguiré. Te lo prometo.

GERARDO.—No le digas a nadie lo que has oído..., ¡a nadie!..., porque todos te contestarán que fué una alucinación...; pero créeme a mí, que fué verdad, que lo oíste y que te lo han dicho. Todo lo que es justo y razonable es verdad siempre, aunque nos lo diga quien no tiene voz ni tiene vida...

CARMIÑA.—Ya puedes suponer lo dulce que será para mí el pensar que fué cierto y verdadero...

GERARDO.—Pues piénsalo..., alégrate... y empieza a demostrarlo con tu conducta: ríe, Carmiña.

CARMIÑA.—*(Sonriendo.)* Ya río, Gerardiño.

GERARDO.—Así se empieza.

CARMIÑA.—*(Abrazándole.)* ¿Y así?

GERARDO.—*(Estrechándola honestamente.)* Así se continúa nuestra paz y nuestro amor. *(Después de un instante, cogiéndola por las dos manos.)* Anda a tus quehaceres.

ESCENA VI

DICHOS. PANDURIÑO, *por foro.*

CARMIÑA.—*(Separándose sin precipitación.)* Panduriño... Señor doctor.

PANDURIÑO.—No se aparten, no se aparten... Yo no soy nadie.

GERARDO.—¿Qué hay?

PANDURIÑO.—Vengo a despedirme.

GERARDO.—¿Te marchas ahora?

PANDURIÑO.—No, cuando todos... Pero quisiera darte un apretón de manos muy largo y muy fuerte... Y como eso, delante de todos, pudiera ser..., vamos..., ¿comprendes? Pudiera ser...

GERARDO.—Vengan los brazos con alma y vida.

PANDURIÑO.—¡Pues allá van! *(Se abrazan.)* Me quedará un recuerdo inefable de este día, señora; inefable..: ¡haber comido en su casa!

CARMIÑA.—Y yo muy honrada en ello.

PANDURIÑO.—¡Qué comidita, cielo santo! ¿La hizo usted, señora?

CARMIÑA.—La muchacha.

PANDURIÑO.—Pues mis respetos a la muchacha. *(A Gerardo.)* Y luego el champagne... ¡Caramba! ¿Sabes que me sorprendió? Porque pica, ¿sabes?

GERARDO.—¿No lo probaras nunca?

PANDURIÑO.—Nunca. Había oído hablar de él, como del imperio del Gran Mogol y de las victorias de Julio César... Vamos, como cosas verídicas, pero muy lejanas.

GERARDO.—Pues de mi parte le vas a llevar a tu vieja una botella.

PANDURIÑO.—¡Hombre! *(Riéndose de buena gana.)* No te la rechazo ni por cumplido siquiera..., ¡porque va a ser muy gracioso! Primero tendré que prevenirla para el susto del taponazo; después lo bebeemos en cuncas, en tazas, porque de copas no hay ni idea..., y después, la vieja y yo, achispados, di-

ciendo bobadas y más bobadas. ¡Van a ir a vernos de diez leguas a la redonda!

CARMIÑA.—Un día es un día.

PANDURIÑO.—Y ése lo va a ser mañana. Tengo ya mis bártulos liados, y de madrugada, a caballo, cuatro leguas monte arriba para descansar y reponerme un poco en la aldea. ¡Dios y la Virgen saben cuándo nos volveremos a ver ni qué rumbo tomaré!

GERARDO.—¿Qué rumbo tomarás? Pero tú estás en Belén, Panduriño, ¿verdad, Carmen?

CARMIÑA.—*(Sonriendo.)* En Belén, Panduriño.

PANDURIÑO.—No lo sospechaba, no, señora; pero cuando ustedes lo afirman es evidente. Sin embargo, yo no creía descarrilar mucho diciendo que me voy a la aldea mientras no salga un puesto o un concursito rural.

GERARDO.—¡Qué ambicioso eres! No te conformas con nada. ¿Verdad, Carmen?

CARMIÑA.—*(Sonriendo.)* Terriblemente ambicioso, Panduriño.

PANDURIÑO.—¿Yo, señora? ¿Yo? Pues mire usted, tampoco lo sabía.

GERARDO.—Y cuando un hombre consigue un puesto no lo oculta a sus buenos amigos.

PANDURIÑO.—¡Válgame la Puerta Santa! ¿Pero qué puesto tengo yo? Como no sea uno en el Limbo, que ése sí me corresponde por derecho propio...

CARMIÑA.—No le hagas penar más. Díselo de una vez.

PANDURIÑO.—¡No me lo digas, por Dios! Déjame prepararme.

GERARDO.—Tú, que eres quien lo ha logrado.

CARMIÑA.—Hace ya tres días que mandó el padre de Gerardo la credencial...

PANDURIÑO.—¡Ay, ay!...

CARMIÑA.—Y es usted médico de la Compañía del Norte en La Coruña.

PANDURIÑO.—¡No me lo diga, por Dios, señora!

GERARDO.—De entrada son tres mil pesetillas nada más.

PANDURIÑO.—Nada más. Digo... ¡Cuánto, cuánto! ¡Ay, ay!...

GERARDO.—Y luego los ascensos. ¿Supongo que aceptarás?

PANDURIÑO.—No, no...

GERARDO.—¿Cómo que no?

PANDURIÑO.—¡Que sí, que sí! Pero es que no..., que no puedo hablar de emoción y de... y de... y de emoción..., ¿comprendes? De emoción.

CARMIÑA.—*(Dándole una palmada afectuosa.)* No llore, Panduriño.

PANDURIÑO.—Si no lloro, no, señora. Es el champagne, que me pica. Por lo visto pica varias veces...

GERARDO.—No lo niegues.

PANDURIÑO.—Bueno..., y si lloro, ¿qué? ¿No es muy legítimo? ¿Muy, muy... muy legítimo? ¿Comprendes, Gerardo? ¿No es muy...?

GERARDO.—Ea, se acabaron los pucheros. Otro abrazo y que sea para bien.

CARMIÑA.—Cálmese, que no le vean así...

PANDURIÑO.—¿Me dejan esconderme un instante? Llorar a solas no es tan ridículo... Y un doctor... Porque ya soy el doctor Panduriño... Digo, no, el doctor don Adolfo Pulleiro... ¡Miento, miento! El doctor Panduriño soy... ¡Eso es, el doctor Panduriño! Que yo no renegaré jamás del cornetín y de la murga, que me dieron el pan y la carrera... ¡Eso es, el pan y la carrera! Y si llego a la fortuna, a la celebridad, a la Academia..., ¡al cielo que llegue!, en la celebridad, en la Academia y en el cielo estará el cornetín del murguista, donde todos lo vean y en donde alguno se burle; pero donde muchos lo respetarán como escudo nobiliario de un hombre que luchó de frente contra la ignorancia y contra la miseria. ¡Eso es, contra la ignorancia y contra la miseria!

CARMIÑA.—Y eso debe ser.

PANDURIÑO.—¡Y a usted, mi ángel bueno! ¡Y a ti, Gerardo! ¿Cómo os pagaré? ¿Cómo os pagaré?

GERADO.—Con un poco de cariño.

PANDURIÑO.—Con la gratitud más..., más...

CARMIÑA.—¡Que vienen!

PANDURIÑO.—¡Pues escapo, escapo! Los que no han sufrido nada de jóvenes no se explican nunca que una buena noticia haga llorar. ¡Escapo, escapo, escapo! *(Mutis por derecha.)*

ESCENA VII

CARMEN *y* GERARDO. *Por foro, los estudiantes, de quienes ya se oyó el rumor lejano. Ahora, dentro:* UNOS, *¡Que hable!* OTROS, *¡Que se calle!* NIETIÑO, *dentro: ¡Haré lo que me parezca!* UNOS, *¡Que hable, que hable!* OTROS, *¡Que se calle! Y así, dando voces y en tropel, entran en escena. Luego,* MONCHA, *por derecha, trayendo unas botellas.*

NIETIÑO.—He dicho que haré lo que me parezca..., y lo que me permita esta señora.

CARMIÑA.—Lo que usted quiera.

NIETIÑO.—Pues entonces digo y repito: ¡Viva la casa de la

Troya! ¡Vivan los Troyanos! ¡Viva la estudiantina! ¡Y abajo los Consumos!

GERARDO.—No tiene nada que ver una cosa con otra.

NIETIÑO.—Ya lo sé... Pero hoy no es día de callar.

GERARDO.—Bueno...

CARMIÑA.—Augusto... ¿Cognac, curasao, tostado del Rivero?

AUGUSTO.—El del país.

NIETIÑO.—¡Viva el país! ¡Viva la Universidad! ¡Viva Santiago! ¡Y abajo los Consumos!

BARCALA.—¿Callarás, Nietiño?

CARMIÑA.—Servid tostado... *(Sirven Carmen, Moncha y Gerardo.)* Y beberemos a la suerte de los señores abogados y de ustedes todos, que lo serán también muy pronto, si Dios quiere.

MADEIRA.—Agradecidísimos, Carmiña; pero nos parece que Dios no quiere para tan pronto... Y no alcanzo la razón. ¿A El que le importará que haya unos abogados más?

CARMIÑA.—No sé...

AUGUSTO.—¿Me dejas echar un brindis, Gerardo?

GERARDO.—Y mil.

AUGUSTO.—Pues arriba las copas, que va a ser de canela fina. ¿Estamos? ¡Por el encantiño del Preguntoiro!

TODOS.—¡¡Por el encantiño del Preguntoiro!!

CARMIÑA.—Muchas gracias.

NIETIÑO.—¡Viva el encantiño! ¡Viva Carmiña! ¡Y abajo los Con...! *(No puede acabar porque Barcala le tapa la boca.)*

GERARDO.—Pues vaya mi brindis, que si el de éste fué canela, el mío es espuma... ¡Arriba las copas! ¡Por Moncha divina!

MONCHA.—No, no...

TODOS.—¡Por Moncha divina!

MONCHA.—Muchas gracias... ¿Pero no sería mejor que todos brindáramos por lo que a todos nos une con el lazo más fuerte y más constante: por la tierra meiga?

TODOS.—¡Eso, eso, eso!

MONCHA.—¿Va por la terriña?

GERARDO.—Va.

CARMIÑA.—¡Pues por la tierra meiga!

TODOS.—¡Por la tierra meiga!

ESCENA VIII

DICHOS. PANDURIÑO, *por derecha.*

PANDURIÑO.—¡Venga una copita, venga, que por la tierra no quiero yo que falte mi brindis!

CARMIÑA.—*(Sirviéndole.)* Y colmada.

PANDURIÑO.—Colmada. ¡Arriba!

MADEIRA.—Señores abogados, futuras lumbreras del foro... Señor doctor, futuro Hipócrates... Claro que os envidiamos y que nos gustaría a todos el tener ya nuestro título en el bolsillo; pero eso no quita para que celebremos como propio vuestro triunfo. ¡¡Estudiantes!!! ¡Un abrazo apretadísimo a los señores licenciados! *(Abrazos.)*

BARCALA.—¡No nos felicitéis, amigos! Al contrario..., ¡¡compadecednos!! Los dichosos sois vosotros, que todavía continuaréis aquí libres de cuidados y de preocupaciones... Como los discípulos de Cristo, vamos a repartirnos por el haz del mundo, aunque no para predicar la buena nueva.. Al separarnos, ruego fevorosamente a la diosa voluble que preside los destinos de los hombres que nos conceda a todos su favor; pero por mucho que quiera protegernos, nunca nos dará tanto como ya hemos tenido, como perdemos ahora. Podrá subirnos a lo que llaman cumbres de la vida, pero nunca volverá a ponernos tan alto como hemos estado, porque nunca más..., ¡ay!, ¡¡nunca más seremos estudiantes!!

MONCHA.—¡Habla en serio! ¡Este no es Barcala!

CARMIÑA.—Es cierto.

MONCHA.—Es cierto.

MANOLO.—Es cierto.

AUGUSTO.—Es cierto.

(Todos asienten con un poco de tristeza.)

PANDURIÑO.—No es cierto, ¡caray!; no es cierto. Y usted perdone el caray, doña Carmen, que es ofender a Dios el mostrar desánimo cuando se nos abren de par en par las puertas de la vida para que aspiremos a todo: a la ambición, el que la tenga; a la gloria, el que la sueñe; al amor, con la tranquilidad de poder sostener una casa. ¡A todo! He llegado yo..., ¡cuánto más fácil no os será a vosotros, que para ir adonde queráis no habéis tenido que pasar primero por la mala senda del hambre... ¡Que esa sí que es mala senda de verdad!

GERARDO.—Tienes tú razón. ¡Viva el doctor Pulleiro!

TODOS.—¡Viva!...

PANDURIÑO.—¡Quietos, quietos! ¡Viva el doctor Panduriño!

CARMIÑA.—Eso es. ¡Viva el doctor Panduriño!

TODOS.—¡Viva! ¡Viva!

PANDURIÑO.—Y cuando alguno sienta desmayo, que se acuerde de mí... De mí..., que muchas veces, muchas, al hincar los codos en la mesa obligándome al estudio, la imaginación se rebelaba y me decía: "¿Sabes si podrás pagar la posada, Panduriño? ¿Sabes si podrás pagar las matrículas? ¿Sabes que la vieja no come más que pan de borona?" ¡Ay!... Te juro que

para estudiar con esa congoja..., y esa..., y esa..., ¿comprendes, Gerardo?

GERARDO.—*(Abrazándole.)* ¡Viva Panduriño!

TODOS.—¡Viva!...

PANDURIÑO.—Vivamos todos, todos, ¿eh?

TODOS.—¡Viva! ¡Viva!

BARCALA.—Y en prueba de admiración y de cariño, llevemos en triunfo a Panduriño. ¡Arriba con él!

TODOS.—¡Arriba! ¡Arriba!

(Nieto, que se acerca a la lateral derecha, donde se supone están los otros estudiantes, les hace señas para que canten, y empieza, dentro, el Airiños, que dirige desde la puerta Nieto.)

PANDURIÑO.—No, no...

TODOS.—¡Viva Panduriño!

OTROS.—¡Viva Santiago!

OTRO.—¡Vivan los estudiantes!

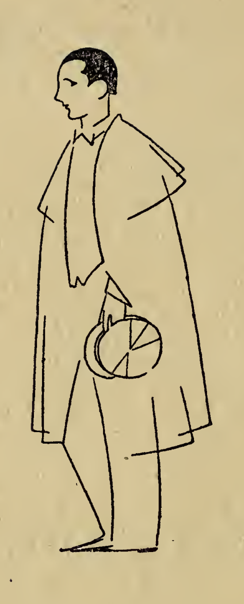
(Carmiña, sonriente, se apoya en Gerardo. Todos prestan atención a lo que cantan.)

CARMIÑA.—*(Recitando mientras cantan.)*

Airiños, airiños, aires;
airiños da miña terra;
airiños, airiños, aires;
airiños, deixaide en ela.

(El telón va cayendo lentamente para terminar con el canto.)

La Coruña. Pazo de la Peregrina, 6-9-918.



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G. Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.

41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. HERNANI, de los Hermanos Machado y Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DE REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G. Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.



Cubierta de este número:

«Sancho»

de AMO Y CRIADO

de Francisco de Rojas.

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid